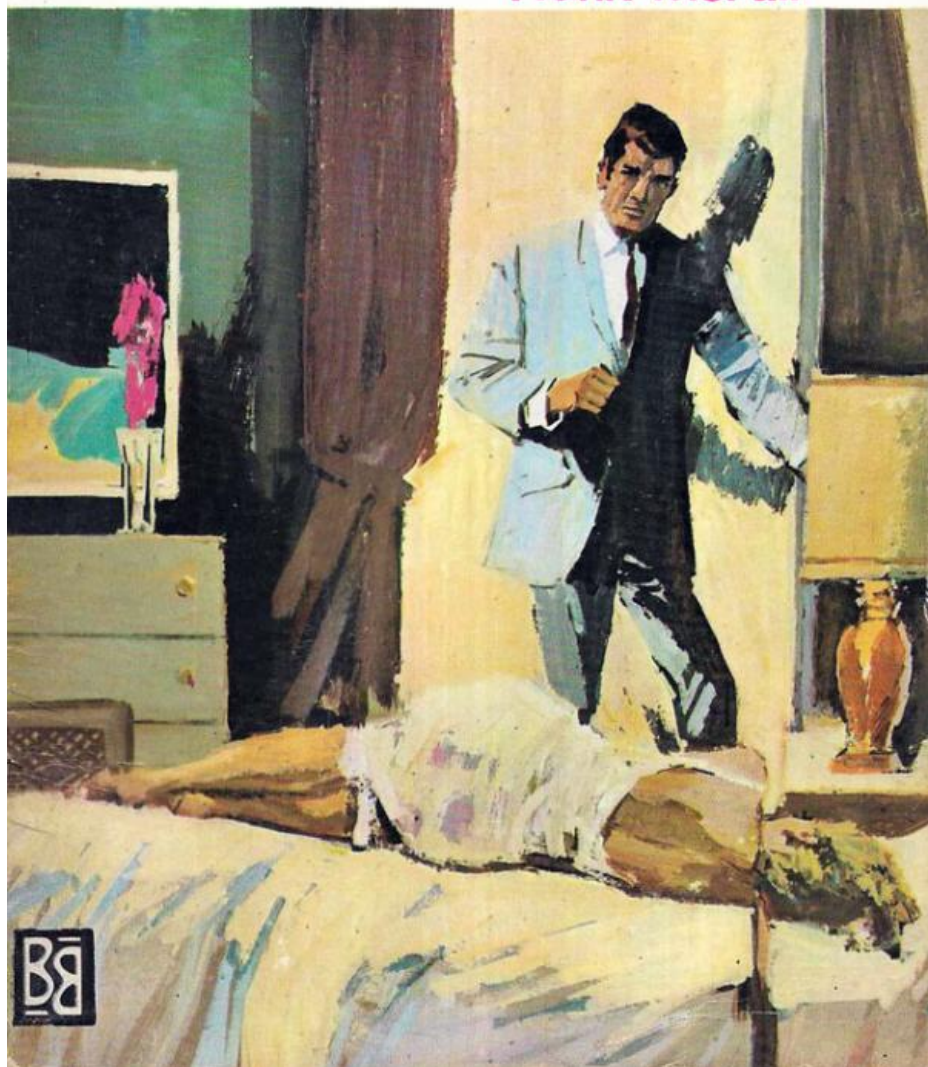


PUNTO
ROJO

cadáver, si así lo quieres

Frank McFair



BB

COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK MAC FAIR

CADAVER, SI ASI LO QUIERES

Colección PUNTO ROJO n.º 344

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 31.818 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1968

© FRANK MAC FAIR - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.076 — Con un demonio dentro.

En Colección PUNTO ROJO:

314 — Vengo a buscar tú cadáver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

952 — La larga y trágica noche.

En Colección BRAVO OESTE:

391 — Matapecados.

En Colección KANSAS:

533 — El gran cerco del odio.

En Colección CALIFORNIA:

596 — Un "Colt" del 45.

En Colección ASES DEL OESTE:

469 — El domador de caballos.

En Colección BUFALO:

767 — Cabalga más despacio, muerte.

En Colección COLORADO:

567 — En busca de Billy Carver.

CAPITULO PRIMERO

Artie Penn encendió un cigarrillo. En medio de la niebla, muy espesa a la sazón, le supo a papel mascado. Lo tiró, después de dos chupadas.

Se levantó el cuello del gabán y contempló la casa, al otro lado de la calle. Se estaba preguntando si el hombre tardaría mucho en salir.

—Asqueroso oficio —dijo entre dientes. En momentos como éste maldecía su profesión, sin recordar que había otros instantes en los cuales le parecía la mejor de todas. Por lo menos, una de las mejores.

Acercó la muñeca a los ojos para ver la hora. Las doce y media. Y pensar que en esos momentos podría estar en su cuarto leyendo un buen libro, con los pies colocados sobre la mesa, y besando a la botella de vez en cuando...

—Artie Penn —murmuró—. Estás batiendo el récord de los idiotas. Vete a casa y mañana le dices a míster Market que nada ha ocurrido. Que nadie ha aparecido por aquí. Que todo sigue igual.

Pero sabía que no lo haría. Market le había encomendado la tarea de vigilar a aquella fulana, y él estaría al acecho hasta que por lo menos saliese el hombre que había entrado hacía ya casi dos horas.

Una ráfaga de aire frío pareció aventar la niebla, pero solo por unos momentos. Luego, volvió a bajar, lenta, algodonosa. Apenas veía el portal de la casa.

Miró hacia arriba. La luz seguía encendida. Así había estado desde antes de que el hombre entrara. Pero lo que ya no veía desde hacía bastante rato era a aquellas dos figuras moviéndose por la habitación.

Porque para ser dos personas que se reunían clandestinamente, tomaban muy pocas precauciones. Ni siquiera se les había ocurrido echar las cortinas. Sólo los visillos.

Y había visto a los dos, al hombre y a la mujer, una vez abrazados, otra bebiendo. Otra, al hombre paseando.

La una. Los pies se le habían quedado helados. Lanzó una mirada a su alrededor, pese a que ya habíalo visto todo varias veces.

¿Sería posible que el hombre se quedase toda la noche en el cuarto de la fulana? ¿Y por qué no, si a eso iba? ¿Qué razón había para que no recibiese pensión completa?

Encendió otro cigarrillo. Este le supo un poco mejor. Si al menos hubiera un bar por allí cerca... Un trago le vendría bien. Le era absolutamente imprescindible, mejor dicho.

El hombre había llegado en un taxi. No había traído su coche, si es que lo tenía. ¿Precauciones? Tal vez. Maldito lo que le importaba, pero no

obstante, había tomado la matrícula del taxi, por si acaso le podía servir más tarde. Cuando llegó, la niebla era muy poco densa y ello le había permitido ver la matrícula y la cara del taxista, una clásica cara de judío, si es que alguna vez ha habido clásicas caras de judíos. Nariz ganchuda mejillas redondas...

Y el hombre que no bajaba aún.

“¿Hasta cuándo pensará estarse ahí?” —pensó rabiosamente. Precisamente había dejado el libro en una de sus partes más interesantes. Cuando el detective Callaghan, tosiendo y expectorando, se disponía a golpear a un par de maleantes, y a hacerle el amor a Cintya Meraulton. Art imaginaba lo que seguía, pero la verdad es que le hubiera apetecido “leerlo”.

La una y media. La luz se apagó, repentinamente.

Penn se preparó. Tenía su coche en la esquina. Un par de saltos y lo alcanzaría. Era de suponer que el hombre tendría que buscar un taxi, a menos que decidiese irse andando. Y con aquella niebla no lo creía.

Tiró el cigarrillo.

La puerta no se había abierto.

—Pero... ¿qué diablos están haciendo esos ahí arriba? —se preguntó indignado—. ¿Tanto tiempo para despedirse?

La puerta seguía cerrada.

Penn frunció las cejas. Las dos menos cuarto. Y nadie.

Penn golpeó el suelo con el pie. Lo tenía helado. Prácticamente todo él estaba helado.

Y nadie. Siempre nadie.

Bruscamente se decidió.

La luz se había apagado a la una y media. O bien estaban bien arropaditos en la cama o... el hombre dormía en un sillón. Y habiendo visto a la fulana, Penn lo dudaba.

Ya estaba bien. Eran las dos. Se dirigió hacia su coche, lo puso en marcha y esperó mientras el motor se calentaba un poco. Desde allí no veía ya la puerta, pero si alguien saliera, le sería fácil verlo.

Nadie.

—Al demonio —dijo—. Que se vayan al diablo Market, la fulana y el tipo.

Arrancó.

Su casa estaba casi al otro lado de la ciudad, en los apartamentos Hillcrest. Llegó allí a las dos y media, pues tenía que conducir despacio con aquella niebla malvada y estúpida.

Subió al cuarto piso, abrió su puerta y lo recibió al agradable calor de la calefacción.

Ya no sentía ganas de leer. Sólo de tomar un baño caliente, beberse media pinta de *whisky* y aterrizar en la cama. Tal vez en ella ojease un par

de páginas de “Cheyney” y... a dormir.

El teléfono sonó.

Con la mirada fija en el aparato, Penn dudó. ¿Cogerlo? ¿Ahora, precisamente? Al diablo. No lo cogería.

Pero el timbre sonaba insistentemente. Callaba por espacio de unos segundos y luego, vuelta a empezar. Un sonido apremiante... “¡riiin!”. Crispaba los nervios.

Maldiciendo, en camiseta y slip, cogió el aparato mientras una de sus musculosas manos se alargaba hacia la caja de los cigarrillos.

—¿Sí? —preguntó con voz neutra.

—¿Penn?

—Sí. ¿Quién?

Apenas reconocía la voz, pero sabía quién era.

—Aquí Market.

La voz sonaba en tono bajo, ronco, casi un susurro.

—Bueno, míster Market, ¿tiene usted reloj?

—Sí, pero...

—Pues échele una ojeada. Yo estaba ya en la cama.

—¿Por qué no me ha llamado?

—Tenía que darle mi informe mañana, ¿no? Además, usted me dijo que no llamase a su casa.

—Sí, pero... Bueno, ¿qué ha ocurrido?

—Yo no estaba dentro de la habitación. Sólo afuera, en la niebla. Y por cierto que no resultaba muy agradable.

—Escuche, Penn, no es hora para bromas.

—Oiga, míster Market. No es hora para nada. Ni siquiera para conversaciones de negocios. ¿Por qué no espera a mañana y...?

—Penn, quiero saber lo que ha ocurrido.

Art suspiró exasperado.

—Bueno, pues el hombre subió. Llegó a las diez y media, le abrieron la puerta y... no volvió a salir.

—¿Qué no volvió a salir? ¿Quiere decir que se quedó allí?

—Eso mismo, míster Market. A las dos no había salido. Supongo que habrá acampado allí.

—Pero eso no es posible... Oiga, no puedo ahora... mañana lo veré.

Colgó precipitadamente.

Y Penn, también, un poco menos deprisa.

Se quedó mirando al aparato, con el entrecejo fruncido. Míster Market era un hombre muy rico. Le había pagado ya dos mil dólares y le tenía ofrecido otros cuatro mil. Habida cuenta de que el saldo bancario de Penn en ese momento no ascendía más que a cuatrocientos dólares y tenía que pagar el piso, el alquiler del despacho donde tenía montada la agencia, el sueldo de Minny...

Cogió el teléfono y sujetándolo con el hombro y la mejilla, buscó en su libreta de direcciones. Allí estaba: Cornelia Cassidy, en Manchester Road, 231 y el teléfono.

Marcó el número y esperó. Dos, tres, cinco timbrazos. Nadie lo cogió. Colgó y llamó de nuevo. Así hasta tres veces. Nadie se molestó en cogerlo.

Cuando dejó definitivamente el micro, su entrecejo estaba más fruncido aún. Por supuesto que si ella estaba acompañada, parecía probable que a esas horas no tomase el aparato, pero...

Eso no le gustaba. Algo no andaba todo lo bien que desearía.

Pero no podía hacer otra cosa por el momento. Se sirvió un vaso de *whisky*, lo bebió y se desnudó.

Tardó bastante en dormirse.

A la mañana siguiente, el despertador lo sacó del lecho. Las nueve. Se duchó con agua fría y caliente se puso un traje de gabardina color cuero y una, corbata roja, y se dirigió al teléfono de nuevo. Justo en el momento en que lo iba a coger, el aparato sonó.

—¿Sí?

—¿Penn?

La voz no sonaba ahora como a las dos de la mañana. Era más recia la voz del hombre de negocios al que había recibido en su despacho hacía tres días.

—Sí, míster Market. Temprano, ¿no?

—Penn, he llamado a ese número que usted sabe. No contestan y eso me parece muy extraño.

—Tómelo con calma, míster Market. Escuche, ¿quiere mi informe dentro de media hora en su oficina?

—No, por supuesto que no. Déjese de informes. Quiero que vaya allí y que averigüe lo qué ha sucedido.

Penn lanzó un exasperado gruñido.

—Conforme, míster Market, conforme. Llego allí, me abre la... me abre la señorita y me quito el sombrero. “Señora, ¿no necesitaría usted un aspirador, por casualidad?”

—Penn, le pago para que haga lo que yo deseo. ¿Se ha dado usted cuenta de ello?

—Por supuesto, por supuesto.

—Pues entonces hágalo o...

—O rescindiré usted el contrato verbal, ¿no?

—Exactamente.

—O.K., míster Market. Ahora voy para allá.

Colgó, casi al mismo tiempo que su interlocutor.

Desayunó en el “snack” donde lo hacía siempre, y desde allí mismo telefoneó a su oficina. Minny le atendió.

—Preciosa, tardaré un poco. ¿Algo nuevo?

—Facturas, facturas y facturas. Siete.

—A la papelera.

—Y yo, que necesito dinero... Y no me puedes tirar a la papelera a mí.

—No, porque puede que aún te necesite. Escucha, si llama míster Market, dile que ya hablaré yo con él. Es muy capaz de colgarse del teléfono y tenerlo ocupado toda la mañana.

—¿Quieres esperar un poco, desgraciado? Aún no he acabado. Ha venido una mujer a verte.

—¿Quién?

Encendió un cigarrillo. Minny hablaba dulcemente, con aquella voz que él había aprendido a temer. Siempre que su secretaria la empleaba, sabía que iba a haber conflictos.

—Una tal *miss* Blames. Unos treinta años y noventa sesenta noventa.

—¿Se ha dejado medir y tallar?

—Oh, no, pero ya conoces mi perspicacia. Apuesto a que no marro ni un centímetro en sus medidas.

—¿Bonita?

—Depende de lo que entiendas por bonita. Más bien... vistosa. Y... dinero. Mucho dinero. Su vestido...

—Bueno, no pierdas más tiempo. ¿Qué quería?

—Cariño, solo quería hablar contigo, con nadie más. Le he dicho que venga a verte por la tarde, o que me dejara su número de teléfono o sus señas. Se ha negado con una sonrisa de “Vamos, vamos, a usted qué le importa, pequeña”. Dice que volverá a conectar contigo.

—Con esas medidas podrá hacerlo siempre que quiera. Bueno, tengo trabajo, preciosa. *Au revoir*.

Colgó y se metió en su coche. Cuando llegó a Manchester Road, detuvo el “Chevrolet” en el mismo lugar en que lo había aparcado la noche anterior y se dirigió a la puerta.

Miró la larga lista de timbres y encontró el que buscaba. Lo oprimió, pero nadie habló por el altavoz. Volvió a apretar, con el mismo resultado.

Entonces llamó al timbre superior. Una voz soñolienta le preguntó qué deseaba.

—Dispense, pero he perdido la llave, señora. ¿Le importaría abrirme?

La puerta se abrió lentamente. Se volvió a cerrar detrás de él.

Ascendió los cuatro pisos y se encontró ante una puerta sin placa.

Se compuso la corbata y apretó el timbre.

Nada.

Nuevamente puso el dedo en el botón. Y nada.

Sacó del bolsillo su llavero, y de él una delgada lámina de metal unida magnéticamente a otra dentada. La metió en la cerradura, le dio un par de vueltas y la puerta se abrió.

Antes de entrar, lanzó una mirada. Un pequeño *living*,

semiobscurecido, amueblado con piezas bajas y cómodas. A él abrían dos puertas.

Artie entró y entornó la puerta tras de sí. Sabía que si lo sorprendían allí, tendría bastante trabajo para explicar su presencia, pero la extraña sensación que lo había asaltado la noche anterior seguía cosquilleándole en la espalda. En ese mismo *living*, suponía, la noche anterior había visto dos sombras moviéndose.

Se dirigió, hacia la primera de las puertas. Una pequeña cocina, provista de los aparatos más modernos.

Volvió a la segunda puerta. Esta debió ser el dormitorio, a tenor de la que él conocía sobre aquellos apartamentos alquilados.

Lo era.

El dormitorio estaba en penumbra, pero incluso con aquella poca luz comprendió que había encontrado lo que buscaba.

Pero no de la manera como él pensaba.

La mujer estaba tendida en la cama, cruzada sobre ella. Vestía una bata azul celeste, de esas que no cubren más que hasta las rodillas. Y solo llevaba una media.

La mano de Penn estaba, cogida fuertemente al picaporte. Cuando se dio cuenta, lo soltó, y lentamente buscó en su bolsillo hasta que encontró un par de guantes.

Se los puso.

Había hecho todo ello sin dejar de mirar a la mujer. El porqué solo llevaba una media era fácilmente comprensible. La otra la tenía fuertemente arrollada al cuello.

Con pasos lentos y medidos, Artie Penn se llegó hasta la cama y se inclinó sobre el cuerpo. Los ojos abiertos de la mujer, de un color azul que hacía juego con la bata, lo miraban sin ver.

Cogió una de las manos de la muchacha y la llevó hasta su mejilla. La mano estaba ya muy fría.

Y le había costado algún esfuerzo mover el brazo. Eso quería decir una cosa: Cornelia Cassidy llevaba bastante tiempo muerta. El “rigor mortis” había comenzado ya.

Cornelia había sido bella. Muy bella, aunque ahora no lo fuese en absoluto. Su cara estaba contraída y... bueno, no resultaba nada agradable. Ninguna mujer lo es después de que la han estrangulado con una media de nylon.

Parado en medio de la habitación, Artie se quedó casi cinco minutos reflexionando. Luego, con la mano enguantada limpió el pomo de la puerta. ¿Qué más? El de entrada y el de la cocina. No había tocado nada más. Los limpió, igualmente y mientras lo hacía estuvo contemplando la habitación.

Había colillas de cigarrillos en un cenicero. Todas ellas pintadas de

carmin. Rápidamente penetró de nuevo en la cocina y miró en el cubo de desperdicios. Nada. En la pared había una portezuela que daba al tobogán para el incinerador. Si alguien, el asesino, había fumado, se había dado buena maña en hacer desaparecer las colillas.

Y... nada más.

Luego, se dirigió a la puerta de entrada, la abrió y cerró tras de sí hasta que oyó la cerradura encajando en su alvéolo y comenzó a bajar las escaleras.

Estaba en el segundo piso cuando una puerta se abrió. Inmediatamente Artie se encasquetó el sombrero y se subió el cuello de la trinchera.

Una mujer bajaba, canturreando. Lo miró al pasar pero Artie se había colocado el pañuelo ante la cara como si estuviese sonándose la nariz.

Siguió a la mujer. Esta abrió la puerta de la calle, volvió a mirarlo y se perdió en la niebla.

Rápidamente, Artie se metió en su coche. Con las manos en el volante, se quedó pensando.

A la una y media, la luz se había apagado. Eso quería decir que la mujer estaba todavía viva... o bien que ya la habían matado. Pero... el asesino no había bajado.

Ya desde el primer momento en que Market le encargara la vigilancia de Cornelia, se había cerciorado de que no existía escalera de incendios. La casa, construida de hierro y cemento, reunía las condiciones de seguridad que exigía el departamento de incendios.

En ese caso... ¿Cuándo había salido el asesino? No había más que dos soluciones. Había pasado allí la noche o bien había esperado hasta que él, Artie, se marchase. Pero, ¿cómo sabía que Artie rondaba la casa?

Rodó lentamente hasta Lafayette, y se bajó ante un bar. Entró en la cabina telefónica y metió varios níqueles en el aparato.

—¿Minny? ¿Llamó míster Market?

—Una voz. Quería hablar contigo. Y otras dos facturas...

—Deja eso, Minny.

Minny conocía de sobra aquel tono de la voz de su jefe. Inmediatamente su propio tono cambió.

—¿Algo no marcha?

—Nada marcha, Minny. Escucha bien. Llama a Steve y dile que averigüe a quién pertenece esta matrícula de taxi. Toma nota.

—Estoy preparada.

Artie se la dictó.

—Es urgente, Minny. Mucho. Te llamaré dentro de una hora... no, media hora. Procura tener ya la información. Dile a Steve que habrá cincuenta pavos para él si lo hace.

—Entendido.

—Y si llama alguien, no sabes dónde estoy. Me he ido fuera de la ciudad. Te veré a mediodía o un poco antes, o bien te llamaré. ¿Entendido?

—Entendido, Artie. Y... suerte, sea lo que sea lo que ha ocurrido.

—La necesitaré.

Colgó y volvió a llamar. Una voz femenina le atendió.

—Míster Market se encuentra en una reunión del directorio. ¿Quiere dejarme su nombre?

—Quiero hablar con él personalmente y ahora mismo. Es urgente.

—¿Nombre, por favor?

—Dígale solo que él me llamó, y que ahora quiero hablar con él. Ya sabe de quién se trata.

—Espere un momento, ¿quiere?

Esperó durante el espacio de otro níquel. La voz de Market llegó hasta él.

—¿Sí? ¿Quién?

—Penn, míster Market. Necesito hablar con usted ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Quiere decir... verme?

—Eso mismo.

—Pero estoy en una reunión importante. No puedo...

—Míster Market, he dicho que necesito hablar con usted. Ahora mismo y no hay tiempo que perder. Quiero que lo entienda bien. *Ahora mismo.*

—Bueno, yo...

Esperó un momento.

—De acuerdo. Lo veré en...

—Un momento. Me verá dentro de media hora en el parque Washington, junto al campo infantil de baseball.

—Pero...

—¿Es que no me ha entendido, míster Market? Media hora. Ni un minuto más.

—Es... está bien. Allí estaré. Pero si lo que tiene que decirme no es tan importante como usted parece querer indicar, palabra de honor, Penn, que...

Artie cortó sin dejarle terminar.

Salió del bar, tomó el coche y guio lentamente hacia el parque de Washington. Antes de llegar a él se detuvo para beber otra taza de café muy cargado.

Lo tomó, abrasándose la lengua. La mano con la que sostenía la taza no temblaba, pero Artie tenía los nervios en tensión.

A las diez y media, detuvo el coche ante la entrada del parque infantil, y caminó hasta el campo de baseball. Miró el reloj. La media hora acababa de pasar.

Vio llegar el coche, un “Packard” azul oscuro, y descender de él a Market.

Hombros anchos, cintura estrecha, de hombre que pese a sus cuarenta y cinco años, no ha descuidado la forma física.

Caminó hacia él con pasos firmes y elásticos. Cuando llegó junto al detective, la niebla, que se había alzado un poco, volvía a caer en cendales que llegaban desde el río.

—Penn, por el amor de Dios, ¿qué significa todo esto?

—Venga.

Junto al anotador de tantos, había un banco. Penn se lo mostró.

—Siéntese.

—No tengo tiempo...

—Lo tendrá cuando le diga algo.

Penn tenía las mandíbulas apretadas. La mirada, dura.

—Market, ¿quién es el hombre con el que usted creía que miss Cassidy tenía relaciones?

—Pues... ya le dije que prefería reservarme ese dato. Le pagué para que usted me encontrase pruebas. ¿Las tiene?

—Tengo algo peor. Tengo un cadáver entre manos.

—¿Un qué?

Market había fruncido las cejas. Sacó las manos del bolsillo del gabán. En una de ella había un paquete de cigarrillos.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que tengo un cadáver entre manos. El cuerpo de
Cornelia Cassidy.

El paquete de cigarrillos cayó al suelo. Artie se agachó, lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

—¿Qué Cornelia...? Usted me está mintiendo, maldito entrome...

—No estoy mintiendo. Usted me ha oído bien. Alguien la ha matado. Anoche mismo.

—Pero..., pero ¡eso es imposible!

—Es todo lo posible que pueda ser. Alguien la ha matado. Y quiero saber quién. Anoche ella se hallaba con un hombre en su cuarto. Los vi. Y esta mañana, ya estaba muerta.

Market se buscó en los bolsillos. Artie sacó el paquete y le alargó un cigarrillo. Pero volvió a guardarse el paquete.

Se lo encendió. Al hombre, mientras le amparaba la llama del encendedor le temblaban las manos.

—Pero... ¿qué vamos a hacer?

—Yo solo puedo hacer una cosa, Market. Llamar a la policía.

—¡Usted!... Bueno, pero... ¡Dios mío! ¡Esto es espantoso! ¡No puedo creerlo!

—Escuche, no tengo tiempo que perder. He de llamar a la policía y decirles que alguien ha matado a una mujer, y en el sitio en que ha ocurrido el crimen. No quiero jugarme la licencia. Pero antes, va usted a decirme el nombre del fulano con el que supone que *miss Cassidy* lo engañaba.

—Yo... no puedo hacer eso.

Artie lo miró duramente.

—No estamos jugando ahora, Market. Estamos ante un cadáver, ante un crimen. Hable. Tengo que saber quién es el hombre que estaba con Cornelia anoche.

—Pero... es que yo no lo sé.

—¡No mienta!

—Le juro que no. ¡Dios mío! Si mi mujer se entera... sería horrible. Escuche, Penn, usted tiene que mantenerme al margen de todo esto. No puede hacer otra cosa. Le pagaré... le pagaré todo lo que me pida. Pero mi mujer no debe enterarse.

Artie apretó las manos.

—El nombre, Market.

—Penn, le juro que no lo sé. Tiene que creerme. No lo sé. Sólo que había un hombre. ¿No recuerda que se lo dije?

Artie encendió un cigarrillo de los suyos.

—¿Es la verdad?

—¡La pura verdad! Palabra.

—Está bien. Pero de todas maneras, me va a decir ahora mismo todo lo que sepa sobre el asunto. No estamos jugando, Market, se lo repito. Esto es muy serio. *Todo*. Me va a decir *todo*.

CAPITULO II

La niebla era tan espesa que casi les impedía verse las caras. Deliberadamente, Artie Penn encendió un cigarrillo. Quería ver la expresión de los ojos del otro.

—Penn —dijo Market—, usted no se lo va a creer.

—Es igual. Dígalo, de todas formas.

—Yo... Dios mío, si apenas sé por dónde empezar. Y no hay tiempo... ¿No podríamos...?

—Ahora, Market. Yo no me dejo meter en un lío tan sucio sin saber siquiera por qué. Hable ahora. Y recuerde que cada minuto que pasa puede ser definitivo. Tengo que avisar a la policía. Un cuerpo no puede esperar por tiempo indefinido.

—Verá, Penn. Mi mujer era la hija de Archer-Williamson.

—Lo sé. Tomo informes.

—Cuando murió su padre me hice cargo del negocio. Pero la propietaria sigue siendo ella. Su padre lo arregló para que las acciones siguieran perteneciéndole a ella. Un escándalo me llevaría a una situación... Mi esposa es muy buena, pero no perdonaría el engaño.

Artie retuvo en la punta de la lengua el decirle que podría haberlo pensado antes. Pero no era el momento de recriminaciones. Quería enterarse.

—Siga.

—Yo... Bueno, ya sabe. Esa chica me cegó, Penn. Pero hace algún tiempo comprendí que había otro más. Que no se contentaba solamente conmigo. Ya sabe, pequeños detalles...

—Y alguna cosa más, sin duda.

—Bueno, sí, las hubo, pero el caso es que al comprenderlo, me sentí... humillado. Esa es la palabra que describe mejor mis sentimientos. Y quise saber. Era necesario. Por eso lo contraté a usted.

—¿No tiene ni la menor idea de quién era el hombre? ¿Quiere decir que no le preguntó, que no intentó averiguarlo?

—No. No quería... escándalos. Al menos mientras no tuviera pruebas. Verá, Penn, la cosa no es tan sencilla. Cornelia, me insinuó varias veces que quería casarse conmigo, es decir, que le gustaría que yo me divorciase para casarme luego con ella. Lo hizo de tal manera que comprendí que

sería muy capaz de hacer llegar a mí mujer algún chisme... si no aceptaba. Por eso tenía que obrar con muchas precauciones. Eso sí, tan pronto como tuviera pruebas de que me engañaba, pensaba hacer algo.

“Imbécil”, pensó Penn. Era la eterna situación. El hombre cogido por una esposa dueña de la caja de múdales, pero que se expone por los simples imperativos categóricos.

—Así que no tiene ninguna idea.

—Ni la menor.

—¿Amigos de ella? ¿Amigas? Market, necesito saberlo todo. ¿Quién sabía lo de ustedes?

—Nadie, Penn. Lo llevábamos con toda discreción.

—¿Qué fue lo que despertó sus sospechas, Market?

El otro encendió nerviosamente otro cigarrillo que Penn le ofrecía.

—Pues... ya le digo, pequeñas cosas... Un par de vasos en lugar de uno, en cierta ocasión en que fui a visitarla... alguna colilla no manchada de carmín... Oh, ella tenía contestación para todo. Pero un día me dijo que iba a ir a pasar unos días con una amiga, y sé que no salió de la ciudad. Se alojó en un hotel.

—¿Qué hotel?

—El Sheraton.

—¿Cómo lo supo usted?

—Ella había sido empleada en mis oficinas. Durante muy poco tiempo. Luego se contrató en una casa de modas, como modelo. Quería ascender hasta que alguien se fijase en ella y le hiciese una prueba para el cine.

—Comprendo. El Sheraton. ¿Cuál era el nombre de la amiga?

—No me lo dijo.

—¿Y usted la dejó marchar sin preguntárselo?

—Sí, no tenía más remedio. Había una reunión en Miami, una reunión de directores de empresa y mi mujer se empeñó en asistir conmigo. Esos días Cornelia quedaba libre. Y cuando volví, uno de mis secretarios me dijo que había visto a Cornelia en el Sheraton. No le habló, pero la vio conversar con un tipo moreno, en el bar.

—¿Cómo supo que se alojaba allí?

—Un botones la llamó por su nombre para ir al teléfono.

Penn tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—¿Qué va a hacer, Penn?

—Avisar a la policía.

—Pero... espero que no les diga...

—No les diré nada. Pero vaya haciéndose a la idea de que la policía hará investigaciones. Alguien debe haberle visto a usted cuando iba a visitarla. Y hablarán. Es muy fácil que lo descubran. Muy posible.

—Penn... Yo le daré a usted diez mil dólares si logra que nadie pueda llegar hasta mí.

Artie lo pensó durante un momento.

—No le puedo prometer nada, Market. Nada. Pero haré lo posible. Una mujer me vio bajar del departamento de Cornelia. Ignoro si lo recordará, pero si lo hace, la policía buscará a un hombre como yo. Y puede encontrarme. En ese caso... lo sentiré por usted.

Hubiera añadido “y por mí”. Porque si la policía se enteraba de que, era él quien había descubierto el cadáver y no había dado cuenta al instante, se las iba a ver muy moradas para salir del asunto sin perder la licencia. El capitán O'Malley y el comisionado no le tenían demasiadas simpatías desde el último caso en que él había descubierto un embrollo que a ellos les traía de cabeza.

—Bien, Market, vuelva a su reunión, pero esté preparado. Puedo telefonarle en cualquier momento del día o de la noche, si descubro algo. ¿Entiende?

—Sí, sí, claro, Penn. Escuche, puedo darle hasta quince mil dólares si usted... No me importaría llegar a veinte...

—Hablabamos del dinero más tarde. Ahora, váyase.

Market le tendió la mano flojamente. Penn la estrechó, y lo vio partir.

Subió a su coche y se dirigió hasta la primera cabina telefónica. Minny atendió a su llamada inmediatamente.

—Artie, noticias, cariño.

—Por orden, Minny. ¿Steve?

—Ha llamado. Esa matrícula corresponde a la licencia de Archie Cohen. Suele trabajar de noche.

—¿Te ha dado las señas?

—¿Crees que me pagas para pintarme los labios en la oficina? Proctor, cinco, seis, uno.

Artie tomó una rápida nota en su carnet.

—Bien, ahora lo demás.

—Ha vuelto la mujer, Artie. Le he dicho que ignoraba dónde estabas, pero que tal vez me llamas. Ha dicho que si lo haces te dé unas señas, para que la llares. Y que si llamas preguntes por *miss* Olavsson. El número es HM-235.

—¿A quién corresponde ese número?

—Se niegan a dármele. Al parecer es un número particular. No figura en la guía.

—Dile a Steve que trate de localizarlo. Te llamaré dentro de una hora. ¿Entendido?

—Sí, Artie. Ella parecía muy deseosa de hablar contigo. Mucho. Se las ha arreglado para mostrarme el interior de su bolso. Había un rollo de billetes dentro de él.

—¿Por qué no has hecho funcionar la cámara?

La vez de Minny se tornó sarcástica.

—Siempre guardo las mejores noticias para el final. Hice funcionar la cámara, Artie. Te repito que me gano el sueldo. La estaba revelando en este momento.

—Tenla preparada, para cuando te vuelva a llamar.

—Escuche, Artie, ¿es muy grave...?

Artie colgó, sin responder.

En su despacho, oculta tras de un grabado, tenía una cámara fotográfica. Dicha cámara estaba apuntada al sillón de las visitas. Bastaba apretar un botón oculto bajo la mesa, para que la visita quedase fijada en blanco y negro.

Buscó rápidamente en la guía. No figuraba en ella ningún Cohen en Proctor, 561.

Tomó el coche y rodó hasta Proctor. Encontró un lugar donde aparcar y recorrió una manzana hasta encontrar el número que quería. Estaba dentro de uno de los patios de vecindad tan numerosos en aquella zona cerca del río. Una mujer le señaló con el dedo al preguntarle por Cohen.

—Aquella puerta. Pero duerme de día porque tiene turno nocturno.

—Gracias.

Llamó. Al cabo de un momento, una mujer de mediana edad, de ojos negros y despeinada, abrió.

—No necesito ningún aparato eléc...

—Ni yo los vendo, señora Cohen. Lo que quiero es hablar con su marido.

—No puede ser. Está durmiendo.

Artie echó una ojeada por encima del hombro de la mujer. Sabía que estaba actuando contra reloj. Si hubiera llamado a la policía antes de hablar con Cohen, los agentes hubieran podido comenzar sus investigaciones antes que él. Bueno, que esperase todavía un poco el descubrimiento del cadáver.

—Señora Cohen —dijo—. Es muy importante para mí y para su marido. Necesito hablar con él.

La habitación era pobre, aunque escrupulosamente limpia. Penn sacó un fajo de billetes y dejó cinco de cinco dólares encima de la mesa.

—Es muy importante —repitió.

—Espere un poco, entonces, por favor.

Entró en una habitación. Un momento después oyó dos voces hablando en tono bajo. Luego un hombre, el mismo al que viera vagamente la noche anterior, apareció. Llegaba en pijama, y con una bata raída echada por encima.

—¿Bueno? ¿Qué desea?

Penn sabía cómo conducirse en ocasiones parecidas.

Sacó dos billetes de veinte dólares y los colocó junto los otros.

—Cohen, quiero saber quién era el individuo al que llevó usted a

Manchester Road, anoche, a las diez y media.

—¿Y para qué quiere saberlo?

—Me interesa, eso es todo. Ahí hay sesenta y cinco dólares. Me interesa hasta digamos, ochenta dólares. Y tengo prisa.

El hombre se limpió los ojos cargados de sueño.

—¿Cien?

—No voy a discutir. Cien. Pero ni uno más.

—No sé quién era. Lo recogí en Kosciusko a las diez. Se detuvo en un bar a tomar algo, y luego volvió a subir al taxi. Lo dejé en Manchester Road. No sé más.

—Sí. Sabe cómo era. Eso es lo que quiero que me diga.

—Pues... Alto. Moreno. Bueno, no tanto como yo, pero moreno.

—¿Latino?

—Yo no diría tanto.

—¿Nervioso?

—Pues... sí. A través del cristal del bar lo vi tomarse dos dobles.

El taxista se quedó mirando a Penn. Sus ojos se estrecharon.

—Hay algo más. Pero quisiera...

—Cien dólares. Ya se lo dije.

—Bueno, entonces, cierro la boca.

Penn calibró durante un momento. Ahora era cuanto el taxista, previendo el negocio, podía lanzarle sobre una pista falsa, para sacar algún dinero más. Pero tenía que arriesgarse.

—Cincuenta más.

—Llevaba algo en el sobaco.

—¿Algo?

—Bueno, un arma. Una funda, al menos. La vi cuando sacó la cartera para pagarme.

—Cuando usted lo cogió, ¿de dónde venía?

—No lo vi. Apareció de pronto junto al coche y me dio las señas.

—¿Nada más? ¿Seguro?

—Sí, nada más.

—Escuche, Cohen, ustedes, los taxistas, se las saben todas. ¿Tenía aspecto de pandillero?

El judío hizo un gesto evasivo.

—No podría decirlo. Oiga, amigo, ¿para qué me hace todas estas preguntas?

—Para proporcionarle ciento cincuenta pavos. ¿Le parecía o no?

—Pues... Bueno, no podría decirlo. No conozco muchos pandilleros. Pero llevaba una funda sobaquera. Cuando se la vi, me dije que lo dejaría en algún sitio donde hubiera luz. No me gusta llevar detrás gente armada.

—Está bien. Y ahora, cierre la boca, Cohen.

—¿Y si alguien me pregunta? Y ya sabe a quién me refiero.

—Si alguien le pregunta usted olvida que ya ha hablado antes conmigo.

—Bueno, lo haré por otros cincuenta pavos.

Esos sí que hubieran sido tirados por la ventana. Si la policía, y a ella se refería el taxista, le preguntaba, lo diría todo. Los taxistas no suelen querer ocultarle nada a la policía.

—Usted cierre la boca, por... ciento cincuenta.

Y salió.

Cuando llegó a su coche puso inmediatamente la radio.

Acababa de hacerlo cuando oyó la voz del locutor de la B.B.C.

—... Por el momento solo sabemos que su nombre es Cornelia Cassidy. La policía no ha facilitado por ahora más detalles acerca del crimen. Mantendremos informados a nuestros oyentes sobre todo cuantos datos podamos ir recogiendo en el curso de las próximas horas.

Bueno, ya estaba. Se había ahorrado un níquel. ¿Se lo había ahorrado, en realidad?

¿Quién diablos podría haber dado la noticia? Probablemente lo habrían dicho mientras él estaba hablando con Cohen. Lo único que podía hacer por el momento era regresar a su oficina.

No.

Volvió a llamar por teléfono. Minny parecía estar esperando, porque cogió el teléfono al momento.

—¿Qué hay de Steve?

—No ha logrado averiguar nada aún. Y ha llamado alguien preguntando por ti.

—¿No ha dado su nombre?

—No, pero estoy segura de que era míster Market, aunque ha disfrazado la voz.

—Está bien, Minny. ¿Estabas oyendo la radio?

—Así que era eso, ¿no?

—Eso era, Minny, pero por lo que más quieras, no me vengas con acertijos ahora. ¿Qué han dicho?

—No, no hay nada más.

Penn sabía que no debía insistir. Aquella era la señal con que Minny le indicaba que no estaba sola. Alguien debía haber llegado en ese momento.

Media hora después, debido a que el tráfico ya era intenso, estaba en su oficina.

Minny, sentada ante su máquina, tecleaba rápidamente. Un pelo rubio, largo hasta los hombros, ocultaba a medias su cara. Lo que no tapaba era las hermosas piernas que aparecían por el hueco de la mesita baja, y que habían entretenido los ocios de muchos visitantes de la oficina cuando Artie les obligaba a esperar.

Minny se puso en pie. Con el dedo le indicó el despacho de Penn. Sus

grandes ojos color café estaban muy abiertos.

Artie Penn tiró el sombrero y lo dejó colgado en la percha. Luego, pasó.

Un hombre estaba sentado en su propio sillón, detrás de su mesa de despacho.

Era alto, gordo, de una gordura casi monstruosa. Sus ojillos, rodeados de círculos de grasa, estaban medio ocultos por pesados párpados. Vestía un arrugado traje de mezclilla, y fumaba un enorme cigarro puro. En el momento en que Penn entró, estaba dejando caer la ceniza en el suelo.

—¿Ha oído hablar de un nuevo invento llamado cenicero? —preguntó Penn.

—Vagamente —fue la respuesta.

Penn caminó hasta su mesa. Se dejó caer en su sillón giratorio.

—Bien, Busty, ¿a qué debo el honor de que haya venido a ensuciar mi despacho con su ceniza y su presencia?

—Hola, Artie —respondió el otro como si no lo hubiese oído.

—¿A qué, Busty?

—Pues, pasaba por aquí y me dije... “vamos a ver al amigo Artie, al cual hace meses que no tengo el resto de...”

—Al grano, Busty, tengo trabajo.

—Yo también. Todos. La maldición bíblica y todo eso: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente...”

—¿A qué, Busty?

—Artie, Maritzki quiere verlo.

—Y yo no quiero ver a Maritzki.

—Bueno, bueno, no ne pongamos tan serios, ¿eh?

—¿Ha terminado?

—Apenas.

—Pues acabe.

—Artie cuando Maritzki desea ver a una persona, pues va y me dice: “Busty, búscame a ese fulano y tráemelo”. Y yo, pues me gano el jornal. Busco al fulano y se lo llevo. Fácil, ya ve.

—Mucho. Largo de aquí, Busty. Tengo trabajo.

—Maritzki también. No le gusta perder el tiempo. El tiempo son lomos verdes. (1) ¿Eh?

Penn encendió un cigarrillo y alargó el cenicero hacia el otro.

—Vamos a ver si nos entonelemos, gordo. ¿Qué quiere Maritzki?

—Pero, Artie, usted conoce al jefe. ¿Me dice alguna vez lo que quiere, de verdad? No. Ve, y me dice...

—¿Qué quiere? Yo no acostumbro a acudir a la llamada de nadie como si fuera el perro de mi tía cuando le ofrecen bizcochos. Necesito algo más substancioso.

—Pues... la verdad es que no lo sé, Artie. Sólo eso: Quiere verlo a

usted.

Artie fumó en silencio durante unos instantes.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿En cuál?

—Allá abajo, en Los Robles.

—¿Tengo que llevar la artillería?

—Hombre, Artie, con el jefe nunca hace falta.

—En ese caso dígame que iré.

—¿Ahora?

—No.

—Ahora, Artie. Tengo el coche abajo y...

Artie se puso en pie. El gordo tenía la mano puesta sobre la mesa con el cigarro colgando entre los dedos. Artie cogió el pesado cenicero

(1) *Dinero. Los billetes americanos tienen el reverso verde. (N. del E.)*

de cristal y lo dejó caer sobre la mano, gruesa, y cargada de sortijas de bisutería.

Busty abrió la boca en un gesto de dolor. Retiró la mano y se la llevó al sobaco. Sus ojillos adquirieron un brillo asesino.

—No debió hacer eso. Artie.

—No debió emporcarme el despacho, Busty. Y ahora, largo. Dígame a Maritzki que iré cuando pueda. *Cuando pueda.*

El gordo se puso en pie. Su boca se movía rítmicamente.

—No debió hacerlo, eso es todo. Vine como amigo y usted...

—Váyase como amigo y estamos en paz. ¡Largo!

El gordo se encaminó a la puerta. Salió.

Cuando la puerta exterior se cerró tras él, Artie salió al despacho de Minny.

—¿Por qué diablos lo dejaste entrar?

—Artie, se metió. Me miró con esos ojos de cerdo y se coló. Yo estaba hablando contigo por teléfono...

Artie le puso la mano en el hombro. De la muchacha se desprendía un perfume suave y turbador.

—Bueno, no te preocupes.

—Artie, lo he oído todo.

—No me importa lo que hayas oído ahora. Quiero que me digas lo que oíste por la radio.

—Han encontrado a esa Cornelia muerta en su piso. No han dicho cómo. La policía sigue una pista. Como siempre.

—Yo sí sé cómo ha muerto, Minny. Alguien empleó con ella una media, pero no para ponérsela en la pierna. Se la enrolló en el cuello y apretó.

Minny hizo un gesto.

—¿Quién, Artie?

—No lo sé. Pero yo sí tengo una pista. Un tipo alto, moreno, con artillería debajo del brazo.

El teléfono sonó. Minny lo cogió. Luego se lo pasó a Artie.

—Steve —dijo.

—Aquí Artie, Steve. ¿Qué hay?

—Artie, si me sigues proponiendo cosas como éstas...

—Al grano.

—Te va a costar doscientos pavos.

—Me va a costar lo que sea, Steve. El dinero es mío y hago con él lo que quiero. ¿De quién es ese teléfono?

—De los Mckister. Es una casa... un palacio en las orillas del Sillatoe. Ya sabes, dos piscinas, doscientas habitaciones y cien sirvientes. En serio, dinero, dinero y dinero. Mucho.

—Espera un poco.

Artie echó mano a un “Who’s who” en su estantería y pasó rápidamente las hojas.

“Mckister, John L. Presidente del Consejo de Administración de la Mckister Co. Vicepresidente del First National Bank...”

Seguían veinte líneas más. Sí, dinero, dinero y dinero.

—Está bien, Steve. Doscientos pavos que te abono en la cuenta.

—Y aún te sale barato. El que me ha proporcionado el número me ha dicho que se exponía a perder el empleo.

Artie colgó y marcó el número que Minny le tendió. Una voz entre respetuosa y altanera respondió.

—¿Quién?

—Quiero hablar con *miss* Olavsson.

—¿Con quién...? No...

—Está esperando mi llamada, amigo. Dígale llama Penn.

Hubo un silencio. Luego, una voz femenina, melodiosa.

—¿Sí? ¿Míster Penn?

—El mismo, *miss* Olavsson. Usted quería verme.

—Tal vez...

—No, tal vez no. Usted ha ido dos veces a mí oficina. ¿Quiere, o no quiere verme?

—Digamos que los motivos que me impulsaban a tratar de hablarle han perdido validez.

—Digamos que: ¿por qué la han perdido?

—Eso, míster Penn, es cuenta mía. Si le he hecho perder su tiempo un cheque podría ser suficiente... compensación.

Artie respiró profundamente.

—Tal vez, sí. ¿Podría ir a cobrarlo personalmente en la casa de las

orillas del Sillatoe?

Hubo algo así como un corte de respiración. Luego, la voz sonó.

—No. No creo que sea necesario.

—Tal vez sí. Quizá no.

—No.

—Y yo digo... *sí*.

—Míster Penn, si lo hace...

—¿Me hará echar por los criados? Soy especialista en criados que intentan echarme, *miss* Olavsson.

Otro silencio.

—Podemos vernos en cualquier otro sitio...

—O allí, también.

—Escuche, le pagaré bien...

—Allí, por ejemplo. Y me dirá por qué también se hace llamar Blames.

Silencio de nuevo. Era evidente que la mujer estaba pensando furiosamente.

—¿No puedo convencerlo?

—Supongo que no.

—Está bien. Venga, pues.

Y se cortó la comunicación.

CAPITULO III

Minny lo miró con sus grandes ojos castaños.

—Artie, ¿qué quiere Maritzki de ti?

—Lo ignoro, preciosa.

Minny encendió dos cigarrillos y le puso uno en la boca.

—¿Qué, Artie?

—No lo sé, palabra.

—Para mentirme a mí tendrías que...

—Esta vez no te miento. Lo ignoro.

—Pero, ¿vas a ir a verle?

—Supongo que sí. O tal vez no. Lo ignoro también.

—Y... ahora espero que me digas lo qué ha ocurrido.

Artie aspiró profundamente el humo del cigarrillo. Luego se lo explicó. Cuando acabó, Minny miró hacia el armario donde guardaba su abrigo.

—Querido, creo que va siendo hora de que te busques otra secretaria. Tengo un corazón, y no quiero tener que ir al médico a que me lo arregle si sigues metiéndote es estos líos. ¿Sabes lo que te hará la policía si se entera... bueno, cuando se sepa que has estado en la casa y que has tenido el cadáver a la vista y que no has...

—Para, preciosa. Sé todo lo que me puede hacer la policía, pero en este momento tengo también veinte mil pavos a la vista si resuelvo el asunto. Y voy a aclararlo.

—¿Puedes decirme cómo?

—No.

La cogió por la cintura.

—Minny, te necesito aquí. Vas a llamar a Buck y a decirle que esté preparado para ponerse en campaña tan pronto como yo lo llame.

—¿Quieres decir cuando lo llames, *aquí*?

—Aquí mismo. Además, después de lo que le he hecho a ese gordo, no quiero que te quedes sola en la oficina. ¿Entendido?

Ella suspiró.

—¿Dónde vas ahora?

—Te lo diré por teléfono.

Ella lo miró con suspicacia.

—Supongo que quieres decir que lo que no sepa no me puede hacer

daño.

—Exacto. Si la policía apareciese por esa puerta y fíjate bien que no digo que vaya a aparecer, sino que “pudiera” hacerlo, no quiero que sepas nada. En absoluto. Tú te limitas a copiar cosas a máquina y no sabes nada de mí. ¿Has comprendido?

—Sí, maldición. Y lo que voy a hacer es buscar algún cómodo trabajo como redactara de sucesos bélicos en Vietnam, por ejemplo. Algo tranquilo y sedante para los nervios.

Artie buscó en su cajón. Sacó de él la funda sobaquera con la pistola y se la colocó, cruzándose los tirantes en la espalda. Después se aseguró de que la pistola estaba cargada. Minny lo miraba con expresión expectante.

—Si Maritzki tiene algo contra ti, de poco te va a servir eso. Y yo me quedaré sin jefe.

—Aún no te has quedado sin él. Así que, ponte a la máquina.

Se dirigió a la puerta. Una vez en ella se volvió.

—Que venga Buck cuanto antes. Y cuando digo cuanto antes quiero decir... ya. Dame esa fotografía.

Minny entró en el cuartito y volvió con la fotografía. Artie la examinó durante unos segundos; miró de nuevo el “Who’s who” y salió.

Subió a su coche y antes de ponerlo en marcha, hizo funcionar la radio. Música, nada más.

Guió lentamente entre la niebla, hasta alcanzar Curzon Street. Encontró un lugar donde dejar el coche casi rozando el límite permitido antes de la boca de incendios. Luego, ascendió tres gradas de piedra y penetró en un edificio de principios de siglo. Una simple placa de bronce anunciaba: “Smith y Lester, agentes de bolsa”.

En el primer piso, reinaba una restringida actividad. Un teletipo, y cinco o seis secretarias. Una de ellas se puso en pie al otro lado del mostrador de madera.

—Quiero ver a Lester —dijo Artie.

—Míster Lester está ocupado en este momento. ¿Podría esperar?

—No. Ahora. Escuche, preciosa, tan pronto como le diga a Lester que Penn está aquí, me recibirá, así que no le haga perder el tiempo a su jefe.

La muchacha desapareció. Volvió al cabo de un momento.

—Por aquí, míster Penn.

El despacho estaba bien alfombrado y los muebles eran severos y buenos. Tan severos como el hombre que se sentaba tras de la mesa, pero probablemente mejores que él. Penn lo sabía, porque conocía bien a Lester.

—Míster Penn...

—Escuche, Lester, no tengo tiempo que perder. Antes de que comience a decirme mentiras, voy a decirle yo dos o tres verdades.

Lester era de baja estatura. Un traje gris, muy bien cortado, y

enguatado en los hombros enfundaba su cuerpo más bien enteco. Un pañuelo blanco sobresalía del bolsillo superior de su chaqueta.

—Pero, Penn...

—He dicho que escuche. En primer lugar, dígame a Maritzki que no vuelva a enviarme a Busty a mi despacho. Por ahora me he limitado a dejarle inútil una mano. La próxima vez puedo dejarle inservible la cabeza. No quiero cerdos en mi casa.

—Pero...

—Y en segundo lugar: ¿Qué quiere Maritzki de mí?

—Pen, puedo asegurarle que...

—Sin mentir, he dicho.

Lester se puso en pie, caminó hasta la puerta, que Penn había dejado abierta y la cerró. Luego se volvió a su visitante.

—No lo sé, Penn.

—¿Quiere decir que no se lo ha dicho a Lester, su brazo derecho?

—Puede creer lo que quiera, Penn. No me lo ha dicho. Sé que quiere verlo a usted, pero no por qué.

—¿Y Smith?

—Smith, tampoco.

—Lester, ¿qué urgencia hay en este caso?

—No lo sé, repito. Sólo que hay urgencia. Más vale que vea a Maritzki.

—¿En su casa?

—¿Fue eso lo que le dijo Busty?

—Sí.

—Pues entonces... hágalo. Es todo cuanto puedo decirle.

Sus pesados párpados se alzaron para dejar ver dos ojos de mirada fría. Y estaban posados en el sobaco de Penn.

—¿Cree necesaria la artillería, Penn?

—Tal vez. Digamos que me siento así más tranquilo.

—Yo no consideraría que fuese precisa, Penn.

—Cuestión de apreciaciones, Lester. Así que en su casa, ¿eh?

—Sí, si eso es lo que le dijo Busty.

—¿Estuvo Busty aquí?

—No. No ha estado aquí. ¿Usted le pegó?

—En una mano. Para enseñarle a comportarse bien en las casas de los demás. Ese cerdo no lo sabe... o parece querer ignorarlo.

—Busty es un enemigo peligroso, Penn.

—Yo también lo soy.

Se dirigió a la puerta.

—Penn.

—¿Sí?

—Este... Bueno, será mejor que no diga nada, quizá.

Penn se encogió de hombros. Salió. Atravesó las oficinas y salió a la calle.

En ese momento, estaba seguro de ello. Lester ya estaba llamando por teléfono a su amo, a Maritzki.

Los Robles era una gran casa, edificada en medio de un bosque. Un camino enarenado llevaba desde la carretera hasta el porche, estilo de las mansiones sureñas de la guerra civil.

Nada más coger el camino de gravilla, Penn comprendió que estaba ya vigilado. Probablemente alguien desde alguna de las ventanas tenía enfocados sobre él un par de prismáticos.

Al llegar al porche, hizo dar una curva al coche. Había, otros dos o tres, parados un poco más allá. Uno de ellos, un “Lincoln”.

La puerta se abrió. Un hombre vestido con chaleco a rayas, esperaba en el umbral.

—Míster Maritzki me espera —dijo Penn.

El hombre se apartó, y Penn pasó. Al instante, otros dos salieron de la semipenumbra y se colocaron a su lado.

Los dos eran altos, fuertes y con narices aplastadas. Uno de ellos alargó las manos para posarlas en los costados de Artie. Este se las apartó de un golpe.

—Quietas las zarpas.

—Deme el “tirachinas”.

—Está bien dónde está. Maritzki me espera.

Los dos hombres no se movieron una pulgada.

—El “tirachinas” —ordenó uno de ellos.

—Muy bien, como quieran. Cuando Maritzki pregunte por mí, díganle que no me han dejado pasar. Seguro que se lo agradecerá.

Dio media vuelta. En ese momento, al fondo del gran *hall*, se abrió una puerta.

Los dos guardaespaldas se volvieron. Una voz aflautada dijo:

—Que pase Penn.

Y Penn atravesó el *hall*.

Maritzki lo esperaba a la puerta de su despacho. Cualquiera que oyese su voz, hubiera pensado en un hombre delgado, pequeño, pero nada más lejos de la realidad.

Era enorme. Gordo, con una gordura fofa producto de algún mal funcionamiento glandular. Sus brazos y sus piernas, como troncos de árbol. Iba envuelto en una bata de seda, ajustada a la enorme cintura.

—Pasa, Artie.

El despacho era enorme, también. Estanterías en las paredes con libros que jamás habían sido abiertos, pero cuyas encuadernaciones revelaban la mano de un artista. Muebles recios, y sillones, muchos sillones de cuero. Maritzki acostumbraba a dejarse caer en ello por turno. Ahora lo hizo en

uno, delante de la ventana y puerta y le señaló otro a Penn.

Este se dio cuenta. Maritzki quería verle la cara mientras la suya propia permanecía a contraluz. Bueno, no le importaba. De todas formas, la cara de Maritzki sabía ser perfectamente inexpresiva cuando quería.

—Bien, bien, Artie, encantado de verte, hombre. Así que has tenido un encontronazo con Busty.

—No. Le pegué en la mano, simplemente. Escucha, Max, ¿a qué viene enviarme a ese tipo a mi oficina? Llegó, se sentó en mi silla, asustó a mi secretaria y comenzó a darme órdenes.

—¿Eso hizo? Malo. Siempre tan impulsivo. Pienso a veces que debería desprenderme de Busty. No rinde lo que gasta. ¿No te parece que debería hacerlo?

—Eso es cosa tuya, Max. Lo único que quiero es no verlo por mi oficina.

—Bueno —prosiguió la voz aflautada—. El caso es que necesitaba verte y...

—Hay teléfonos.

—Los hay, claro. Pero a veces me molesta usarlos.

—Que los utilicen tus gorilas, Max.

—Bueno, Artie. El caso es que estás aquí. ¿No quieres tomar algo?

Artie se puso en guardia. Tanta amabilidad estaba comenzando a extrañarle. Había esperado que la entrevista se deslizara de otra forma.

—Nada, gracias. Max, tengo prisa.

—Lo sé. Tú siempre tienes prisa, ¿no? Bueno. Pues no tardaremos mucho. Ya ves, el médico me ha dicho que no debo excitarme, y yo procuro hacer siempre caso a los médicos, aunque no sé por qué, pues nunca han podido averiguar qué diablos me pasaba, que aunque me muera de hambre engordo y engordo.

—¿Has probado a retirarte de los negocios?

—¿Retirarme? ¿Yo? ¿Bromeas? Los negocios son mi medio de vida. Un hombre no puede tirar su dinero por la ventana.

—¿Con tus millones?

—¿Millones yo? No se te ocurra irlo diciendo por ahí. Caerían sobre mí los inspectores del tesoro como halcones. Unos pocos cientos de miles si acaso...

Y luego repentinamente:

—Artie, ¿detrás de qué andas?

—¿Yo?

—Tú, sí. Ahora, en serio.

—No voy detrás de nada. Pero tú quieres verme. Eres tú el que me has llamado, Max.

—Para preguntarte qué haces. ¿Qué es lo que buscas?

Artie sacó los cigarrillos. Miró al paquete. Era el mismo que le había

quitado a Market. Volvió a guardárselo. Los ojillos de Max Maritzki siguieron sus movimientos.

—Ahí tienes cigarrillos. Artie, ¿qué andas haciendo con esa fulana?

—¿Cuál?

—¿No quieres hablar? Mal hecho, Penn. Pero ya ves, no quiero excitarme. Me refiero a la Cassidy, a esa pécora.

De Max Maritzki podían decirse muchas cosas. Pero no que estuviera mal informado. Artie dijo:

—Tú tienes tus secretillos, Max. Yo también tengo mis secretos profesionales.

—¿Quién te paga por vigilarla?

Los nervios de Artie estaban en tensión, pero procuró que no se reflejase en su rostro. Sabía que los ojos de Maritzki estaban fijos en los suyos y notarían cualquier cambio en su faz.

—No puedo decirlo. Secreto profesional.

—¿Ni a mí, como amigo?

—A nadie, Max.

—¿Te das cuenta de que puedes meterte en un buen lío? Quiero decir, si tú y yo dejamos de colaborar amistosamente.

—¿Cuándo hemos colaborado como amigos?

—Pues... digamos que te he permitido ciertos trabajos que a veces me molestaban. No bromeo, Artie. Quiero saber quién tiene interés por esa fulana.

—¿Para qué?

—Porque me importa ella.

—Hombre, eso es nuevo. ¿Te interesas ahora por las chicas como ella?

—Me intereso por ella, porque me debe dinero. Mucho dinero. Lo ha jugado y lo ha perdido. Y tengo que recuperarlo.

Estaba mintiendo. Mentía como un condenado.

—Max, si quieres información, no tienes más remedio que darla tú también. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Es que no me crees?

—Ni una palabra.

—En ese caso... digamos que me interesa. Nada más. Artie, tienes que colaborar.

—No.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. No.

—Bueno, mira, no quiero ponerme serio. Quiero decir, no deseo enfadarme...

—Max.

—¿Sí, Artie?

—¿Hay entre tus chicos uno moreno, guapo, con aspecto latino?

Hubo un silencio.

—¿Lo hay, Max?

—¿Y si lo hubiera?

—¿Y es él quien está interesado en la Cassidy?

Artie sabía que estaba jugando una partida peligrosa. A esa altura. Maritzki tenía que estar enterado de que Cornelia estaba muerta. Y sin embargo, continuaba fingiendo.

—¿Y si lo fuera?

—En ese caso te preguntaría... Vamos, Max. Tengo prisa.

—¿Te niegas, entonces?

—Sí.

—Bueno, como quieras. Sólo quería una pequeña información sobre ella, pero si te niegas...

Artie no podía jugar su baza. Tenía que dejar al otro que hiciese la apertura. Que dijera: “Esa fulana está fría, Artie”.

Pero no lo hacía.

Artie se puso en pie.

—¿Vas a decirles a tus gorilas que me pongan obstáculos para salir de aquí, Max?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? Sólo te digo que me has causado una decepción, Artie. Sólo eso. Ya ves, dejo entrar con artillería bajo el ala y no digo nada. Pero no me gusta. Deberías tenerme confianza.

—Cuando me la tengas tú.

—Nos veremos pronto, Artie. Nos veremos muy pronto, ¿eh?

—Cuando quieras, Max. Ya sabes dónde está mi oficina, pero... no me mandes a Busty. Me asquea.

—No te enviaré a Busty, Artie... No lo mandaré.

Artie se dirigió hacia la puerta. Se volvió. Había ando una súbita inspiración.

—Max, algunas veces hemos tenido algunos encuentros, pero la sangre no ha brotado, ¿verdad?

—Verdad, Artie, gran verdad.

—En ese caso, ¿consideras esto como motivo para comenzar las hostilidades?

Los dos ojillos, rodeados de grasa, lo examinaban impasibles.

—Pues, verás, Artie, eso me parece bueno, que eres tú quien debe decidirle. Te has negado a venir, te has llenado de armamento y ahora preguntas... Bueno, no sé qué decirte.

—Responde, Max: ¿sí, o no?

—Veremos, Artie, veremos.

Artie Penn sabía que era inútil insistir. Max Maritzki quería tiempo para pensar. Le había hecho ir allí probablemente con la esperanza de sonsacarle.

Pero él aún no se encontraba con las pruebas suficientes como para decirle: “Uno de tus muchachos está metido en un lío”. No. Ni siquiera sabía si era uno de sus muchachos. Pero una cosa era segura: Max estaba interesado en el asunto.

—De todas formas, Max, si encuentras que la cosa te concierne mucho, ¿avisarás?

—¿Pues...? tal vez, muchacho. Quizá. Pero en ese caso tendrías que corresponder a mi amabilidad. ¿No crees que todos deben colaborar cuando a uno le piden colaboración? Eso es cosa de dos, ¿no?

—De acuerdo. Cosa de dos. Avisa, Max.

—Conforme.

Una cosa buena tenía Maritzki. Si decía “conforme” era conforme. De lo contrario se callaba... o actuaba.

Y tenía mucho poder. Tanto que tres comisionados de policía habían saltado de sus puestos por intentar hincarle el diente a sus negocios.

Artie se volvió de espaldas y salió. Los dos guardaespaldas lo acompañaron hasta la puerta. Uno de ellos dijo:

—Penn, hizo mal en pegarle a Busty.

—Si a alguno de vosotros le llena la casa de porquería, ¿qué hacen, muchachos?

—Bueno, no nos hemos preocupado de eso. Sólo le decimos que hizo mal en pegarle a Busty.

—De acuerdo. ¿Puedo telefonear?

—¿A quién?

—A mi oficina. Quiero saber si mi secretaria ha recibido algún recado.

—Llame.

Artie fue hasta el teléfono.

Cuando la voz de Minny llegó hasta él, comprendió que algo acababa de ocurrir.

—Oh —dijo ella—. ¿Eres tú, cariño? Pero no, no puedo salir esta tarde...

—Minny, ¿quién hay ahí?

—Tengo un compromiso adquirido anteriormente...

—Minny, no puedes hablar, ¿verdad? Bueno, no importa. Yo preguntaré. ¿Visita oficial?

Oyó ruido al otro lado. La voz de Minny se alejaba y volvía, como si alguien intentase separarla del teléfono.

—Sí, claro, por supuesto, pero no puedo salir porque...

Una voz masculina ocupó su puesto.

—Escuche, Penn. ¿Es usted?

Penn echó una mirada. Ambos guardaespaldas mantenían la suficiente distancia como para no oír lo que decía. Aflautó la voz.

—Pero, Minny, ¿qué le ha ocurrido a tu voz? ¿No es Minny? ¡Minny!

—Escuche, Penn, sabemos que es usted. Escúcheme atentamente. Le habla el capitán O'Malley. ¿Me entiende? ¿Eh? ¿Me oye?

Estaba ocurriendo justamente lo que Penn esperaba. Le entretenían para averiguar de dónde llamaba. Una sonrisa curvó sus labios. Cuando lo averiguaran se iban a llevar una sorpresa.

—Bueno —dijo con su voz natural—. ¿Qué ocurre O'Malley?

—Escuche, quiero hablar con usted. ¿Me oye?

—Vaya si lo oigo. Bueno, y, ¿qué quiere?

—Escuche atentamente, Penn. Quiero hablar con usted porque hay algo que deseo que me explique ¿Comprende?

—Bueno, sí, claro que sí. ¿Qué más?

—Quiero hablar con usted para...

Siguió dándole al carrete. Artie sabía que necesitarían por lo menos tres minutos para averiguarlo. No importaba.

—... Para que me diga unas cuantas cosas que necesito saber. Por eso, quiero que quedemos en algún lugar para vernos y hablar. ¿Puede venir a su oficina?

—No, por supuesto que no.

—Pues en ese caso...

—El tiempo transcurría. Artie hubiera sonreído de no ser tan serias las circunstancias.

—En ese caso, ¿dónde, O'Malley?

—Pues... en principio, diremos que... Penn, ¿me está escuchando? Se oye mal.

—Yo no oigo mal.

—Pues yo sí...

Habían transcurrido los tres minutos de sobra. Penn dijo:

—Lo veré en mi oficina, O'Malley.

—Pero, ¿cuándo? Escuche, esto es serio.

—Cuando pueda.

—Venga inmediatamente.

Penn colgó. Cuando averiguaran de dónde llamaba, tendrían para pensar un tiempo.

—Bueno, muchachos, gracias.

Y salió.

CAPITULO IV

Era mediodía ya cuando llegó. Una verja sacada probablemente de alguna ermita española, cerraba el camino. La tapia se perdía a lo lejos en ambas direcciones.

Junto a la reja había una casita pequeña, con techo de bálago, imitación de las antiguas alquerías inglesas.

Penn oprimió el timbre. Junto a él, del lado del buzón, salió una voz.

—Quiero ver a *miss* Olavsson. Me está esperando.

La reja se abrió eléctricamente. Un hombre, con calzón corto de pana, chaqueta de la misma tela, verdosa, y un sombrero tirolés, apareció, saliendo de la casita.

—¿A quién ha dicho?

—Miss Olavsson. Vamos, me está esperando.

El hombre dijo, mirándolo:

—Espere aquí. No pase el coche. Puedo cerrar la puerta y dejarte enganchado.

—Si me hace eso, y me estropea el coche, le dejaré yo sin dientes a usted —respondió Artie.

—Escuche, no admito...

—Vaya y telefonee, si eso es lo que quiere hacer, pero no se le ocurra cerrar. Voy a entrar el coche.

Volvió a subir y arrancó. Entró en la finca.

Paró. El hombre salía ya.

—Siga ese camino hasta quinientos metros. Luego, pare en el cruce.

Sin dar las gracias, Artie arrancó. Cuando llegó al cruce, una figura femenina salió de entre un macizo le rodendros.

Alta, de cabellos rubios recogido en un suave moño encima de la cabeza, labios muy rojos, y ojos color verdoso. Vestía una chaqueta de pana roja, con el cuello levantado, y falda de mezclilla azul pizarra. La niebla ponía diminutas gotitas de agua en su cabello y en sus labios. Fumaba un cigarrillo.

—¿Miss Olavsson? O... ¿miss Blames?

—Es igual. ¿Qué quiere?

Artie se bajó del coche. Sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—No es igual. Me gusta saber con quién hablo.

—Digamos que con *miss* Olavsson.

—Bien. ¿Qué es lo que quería... *usted*? Usted ha estado en mi casa esta mañana.

—Se trata de una amiga.

—¿Y qué quería su amiga?

—Ya no importa. Me ha encargado decirle que ruede usted contar con esto.

Sacó un papel del bolsillo del chaquetón y se lo tendió.

Artie lo cogió. Un cheque contra el Banco Nacional, por mil dólares.

—No.

Le tendió el papel a su vez. Ella lo tomó, un poco irresoluta.

—¿No le parece bastante mil dólares?

—No.

—Lo siento, pero...

—No es cuestión de dinero... *miss* Olavsson. Se trata de saber lo que usted quería.

—Ya le he dicho que yo no quería nada.

—¿Lo niega?

—Claro que sí.

Artie echó mano a la cartera. Sacó de ella la fotografía. Se la tendió.

La mujer contempló su propia imagen, sentada en una silla, las piernas cruzadas, la cara levantada...

Una expresión huraña apareció en sus ojos. Rompió la fotografía en cuatro trozos.

—Un bello gesto, pero inútil. Tengo el negativo. Y ahora... hable, *miss* Olavsson, si es que ése es su nombre. Vamos, no tengo tiempo que perder.

Los ojos lo miraban con una fría furia. Era muy bella, pero en ese momento parecía capaz de cualquier cosa. La niebla los envolvía a ambos con su cendales, dando al paisaje un aspecto irreal, de cuento nórdico.

—No podemos hablar aquí. Ya lo veré en su oficina.

—Hable ahora, *miss* Olavsson. O... ¿prefiere que la llame por su verdadero nombre? *Mistress Market*. Porque usted es la mujer de John Market.

—¿Cómo lo ha sabi...? Oh, bueno, es fácil, supongo.

—Lo es. Al "Who's who" no le faltan fotografías.

—Sí, claro. Bien es igual. Lo veré en su oficina y... tendrá un cheque de cinco mil dólares. Yo misma se lo llevaré.

—No. Hable ahora, *mistress* Market.

—No puedo, de veras. En cualquier momento pueden...

—¿Quién, alguien de la casa? ¿Alguno de los Mckister?

—Sí.

—Si se da prisa, no nos interrumpirán. Y, métase esto en la cabeza, *mistress* Market. No pienso marcharme de aquí sin que me diga lo que

usted quería.

—Está bien, maldito entrometido...

—No he sido yo quien se ha metido en esto. Usted fue. Y hable, ahora. Se acercó a la mujer hasta casi tocarla. La miraba de frente.

—¿Bien?

Alargó la mano y la puso sobre el brazo de la mujer.

—¿Bien?

Ella pareció ir a sacudirse el contacto, pero cambió de idea. Entornó los ojos verdosos y luego alargó ambos brazos hasta cerrarlos en torno al cuello de Artie. Hasta éste llegó un perfume suave, limpio, turbador. Encontró los labios de la mujer junto a los suyos. Entreabiertos, mostrando unos dientes perfectos. Olía a cigarrillos ingleses o turcos.

—¿No te basta... esto?

Artie la besó con tanta fuerza que la hizo gemir. Luego la soltó tan bruscamente que ella trastabilló y casi cayó al suelo.

—No me basta, *mistress* Market, aunque reconozco que en cualquier otro momento, los dos íbamos a disfrutar de la situación. Pero ahora, no.

—¡Cerdo!

—Como quiera. Aquí estoy, gruñendo y voy a hozar hasta saber lo que quería usted de mí.

Hubo un silencio. Ella lo contemplaba con extraña expresión.

—¿Quiere saberlo?

—Claro que sí.

—Pues bien, “quería” saber lo que mi marido “quería” de usted.

—¿Y lo sabe ya?

—Sí. Sé todo lo referente a esa... mujerzuela.

—¿De veras?

—Todo. Y sé también que mi marido le hizo seguirla. Los hombres son todos unos cerdos.

—Hay clases. Hay cerdos como yo. Y hay cerdos como su maridito. De acuerdo, pero... ¿qué más?

—Nada más.

—¿Qué le hizo cambiar de idea?

—Cambié de criterio, eso es todo.

—Nada de eso, nena.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho que nada de eso. Hay algo más y me lo va a decir.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo hace, iré a ver a sus amigos los Mckister y hablaremos delante de ellos.

—Usted es un chantajista. ¿Cuánto quiere? Si no son cinco, serán diez, pero usted debe tener un precio.

—Sí.

—¿Cuál es? Vamos, dígalo.

—La verdad. Sólo me conformaré con eso.

Ella abrió la boca. Volvió a cerrarla. Una de sus manos fue hasta el brazo del hombre. Este se la tomó. Estaba helada.

—¿Cuál es su precio? Pagaré lo que sea.

—¿Dinero?

—He dicho lo que sea. Usted puede entender lo que quiera.

Artie sonrió.

—De acuerdo, nena. ¿Cuándo?

—Espere en su oficina.

—¡Wanda...!

Ella se irguió.

—Me están buscando. Váyase.

—¡Wanda...! ¿Dónde estás?

La voz sonaba muy cerca ya.

Y Artie no se movió.

Ella le sacudió fuertemente.

—¿No me ha oído? ¡Váyase!

Artie seguía sonriendo, quieto, con las manos metidas en los bolsillos y el cigarrillo colgando entre los labios.

Una mujer apareció en el sendero. Se detuvo al ver el automóvil.

—Wanda, ¿qué haces aquí? ¿Quién es ese hombre?

Es... un amigo, Bola.

—¿Un amigo? ¿Y qué hacéis aquí, en medio de la niebla? Vamos, venid hacia la casa. ¿Vienes, amigo?

—Se... iba ya. Bola.

—Ahora, no. Piemos preparado grogs calientes. Vamos, amigos. ¿Cómo te llamas, tú?

—Artie.

—Vamos, Artie. Pon en marcha esa porquería de coche y vamos a la casa.

Artie miró a Wanda con aire divertido.

—¿Grog caliente? Eso me parece estupendo, Bola.

Bola era alta, y se veía que luchaba tenazmente contra una obesidad que dentro de poco obtendría la victoria. Iba muy pintada y trataba de producir el efecto de una muchachita. Movía mucho las manos y los hombros para conseguirlo.

—¡Al coche, al coche!

Penn lo puso en marcha, y con Bola guiándole, llegaron hasta la casa.

Hasta el palacio, mejor dicho. No les habría costado a los Mckister menos de dos o tres millones, calculó rápidamente, y probablemente se quedaba corto.

En el *hall*, se abrió una puerta. Desde él, precedidos por un

mayordomo de evidente importación inglesa entraron en una sala donde ardía el fuego en una chimenea. Un hombre alto, grueso, de cara roja, los saludó con un grito de bienvenida. Luego fijó sus ojos en Penn.

—Piola, usted. ¿Grog?

—Cómo no, míster Mckister.

Le tendieron uno. Mientras lo tomaba, sentía sobre él la mirada de los ojos verdes. Circuló con el vaso en la mano, hasta encontrarse junto a la mujer de Market.

—Tu marido tarda —dijo Mckister.

—Oh, ya sabes cómo es, John. Habrá tenido que atender a algún importante asunto.

—Si yo puedo dejar mis negocios, igual puede hacer él. Se toma la vida demasiado en serio en viernes.

Miraba a Penn.

—¿Nos hemos visto ya?

—Lo dudo, míster Mckister. Nos movemos en círculos distintos.

—Posible. ¿Cuál es su círculo? Bueno, no se preocupe. En los fines de semana de mí mujer no se pregunta a nadie más que una cosa: ¿qué bebe?

Rió, pero sus ojos permanecían serios. Bola había puesto la radio, y se mantuvo al lado del aparato hasta que la voz del locutor anunció que la policía continuaba buscando a un hombre alto, con trinchera gris clara, para interrogarlo respecto al asesinato de Cornelia Cassidy.

—¿Habéis oído? —preguntó Bola—. Se están refiriendo a esa chica a la que ataron una media al cuello. Conozco mejores lugares para llevar un nylon, ¿verdad, querido?

—Verdad.

—Artie y yo vamos a dar un paseo —dijo Wanda de pronto—. Me gusta la niebla.

—Id, id. Bola y yo nos quedamos junto al fuego, ¿verdad, querida?

—Pero por poco tiempo, querido. Yo también adoro bastante la niebla.

Wanda agarró firmemente el brazo de Artie y lo arrastró hacia la puerta.

—Ten cuidado, querida —dijo Bola—. Artie lleva también una trinchera gris. ¡Ja, ja, ja!

Salieron, Las uñas de Wanda se clavaron en la mano de Artie.

—¿Por qué no se ha marchado?

—Porque estoy esperando tus explicaciones, nena.

—Te vas a marchar ahora mismo.

—Es posible. En cuanto me digas...

—Iré a verte a tu oficina...

—Ahora.

Los ojos de Artie se estrecharon, hasta parecer dos finas rendijas.

—Ya lo has oído, nena. Ahora.

—Tú eres el hombre de la trinchera.

—Es posible.

—Y te están buscando. ¿La mataste tú?

—No, maldición. Alguien me ha metido en este lío y cuando lo encuentre no le van a quedar ganas de repetir la gracia.

Estaban ante la casa, envueltos en los leves cendales de niebla.

—¿Qué pasaría si yo llamase a la policía y les dijera que estás aquí?

—Sabén quién soy.

—¿Lo saben?

—Sí.

Encendió un cigarrillo. Dejó arder la cerilla hasta casi quemarse los dedos.

La tiró. Luego miró a la mujer.

—Habla.

—¿Sabes una cosa? Me gusta la forma como tienes partida la barbilla.

—Deja eso ahora. Habla, vamos.

—Esa fulana engatusó a mi marido. Y yo quería pescarlos para poder divorciarme de John. Hace tiempo que lo deseo.

—Sus ojos parecían los de un gato. Salvajes, felinos.

—Desprecio a mi marido. Me ha engañado varias veces. Lo sé. Hice vigilar a la mujer, pero fueron condenadamente hábiles. No pude pescarlos juntos.

—No digas tonterías. ¿Los vigilabas tú misma?

—Por supuesto que no. Le encargué de eso a un detective particular.

—Y no sacaste nada. No me extraña. Probablemente tu marido lo descubrió y le pagó para que callase. ¿Quién era?

—Un tal Bannister.

—Lo conoce. Un inútil que se vendería a cualquiera.

—Y luego, ayer pensé en ti.

—¿Y bien?

—Esta mañana, decidí verte antes de venir aquí. El resto ya lo sabes.

—¿Quién te habló de mí?

Ella rio suavemente.

—No lo imaginas, ¿eh? Oí a mi marido llamarte un día, desde mi casa. Él se creía solo, pero no lo estaba, Yo lo vigilaba.

—¿Y qué querías?

—Conseguir las pruebas contra John. Pero ahora, ya es inútil.

—Un momento.

—¿Sí?

Artie cerró la boca.

—Nada ya.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada. Creo que ahora me voy a marchar.

—Y yo pienso también otra cosa.

—¿Qué?

—Que tú la mataste, porque John te lo pidió.

Artie la miró especulativamente. Nada en la cara de la mujer le descubría si estaba hablando en serio o no.

—Y me parece que si sigues molestándome no voy a tener más remedio que hablar con la policía. Conque... ¿Pactamos?

—Vete al diablo.

—Ahora eres tú quien no quiere hablar, ¿eh?

—¿Y sí yo les dijera a tus amiguitos lo que sé?

—Hazlo, pues. ¿Crees que no lo saben?

Hizo una pausa.

—¿Crees que no saben muchas cosas sobre John y sobre mí? No son tontos.

Artie hizo una mueca.

—Nos veremos de nuevo, Wanda.

—Por supuesto... querido. Y ahora, lárgate.

Artie la hubiera abofeteado de buena gana. En lugar de ello subió al coche y arrancó. Lo último que vio fue la figura de la mujer, mirándola.

Llegó a la ciudad a la máxima velocidad. Bien, había llegado la hora de enfrentarse a la parte más difícil del asunto. De enfrentarse al capitán O'Malley y a sus hombres.

Cuando entró en su oficina Minny alzó los ojos. La puerta de su despacho estaba abierta. Y allí dentro había alguien.

Artie Penn se quitó lentamente la trinchera, mirando hacia la puerta entornada. Luego, ésta se abrió lentamente y un hombre de paisano, con una pistola en la mano, apareció.

—Tranquilo, Penn. ¿Lleva armas?

—Sí.

—Pues espere. No se mueva.

Otro había aparecido detrás de él. Inmediatamente cacheó a Artie y quitó el arma. El primero cogió el teléfono.

—¿Tienen orden de registro? —preguntó Penn.

—No hace falta.

—Eso es lo que ustedes se creen.

—No hemos venido a nada malo, amigo. Cumplimos órdenes. No va a pasar nada si permanece tranquilo.

—Fuera de mi oficina.

—Bueno, cuando llegue el capitán hablaremos. Mientras tanto, usted tranquilo, Penn.

Artie se sentó sobre la mesa. Miraba a Minny. Esta tenía los ojos ligeramente enrojecidos.

—Se han llevado a Buck —dijo.

—Ya sé cómo procede la policía en estos casos, preciosa. No te preocupes. Nos soltarán pronto a ambos.

—¿Usted cree? —preguntó el primer policía—. Bueno, nadie se va a enfadar con usted porque sueña.

—Y ustedes tendrán que esconder la cabeza bajo el ala cuando mi abogado les haga algunas preguntas sobre derechos civiles.

—Bueno, cuando llegue ese momento, agacharemos la cabeza.

El capitán O'Malley llegó precedido del ulular de una sirena. Era un hombre de mediana estatura, flaco, y que parecía de hierro. Gris hierro el pelo, gris hierro el traje y gris la cara, de salientes pómulos.

—Así que el pajarito ha vuelto a su nido. Venga con nosotros, Penn.

—¿Orden de detención?

—Más tarde. Sólo queremos interrogarle, por el momento. Vamos, déjese de tonterías y venga.

Los dos policías lo empujaron. Penn se los sacudió de encima.

—Minny, llama a Duke y dile que vaya a la Jefatura. Que O'Malley me ha echado la zarpa sin mandamiento judicial.

—Si llama al abogado Duke, le voy a quitar la licencia.

—Dile también que me acaba de amenazar con privarme de la licencia.

O'Malley hizo un gesto.

—Como quiera, Penn.

Minny ya estaba marcando un número con gran rapidez.

—¿Duke? Artie te necesita. Lo han prendido sin mandamiento judicial y...

—¡Deje eso, maldición! —dijo O'Malley—. No lo hemos detenido. Lo llevamos para interrogarlo, solamente.

—Eso, cuénteselo a Duke —respondió Artie impasible—. Y ahora, vamos.

Escortado por los tres detectives, salió de la oficina. Minny los miró marchar, con el auricular en la mano.

CAPITULO V

Cohen, el taxista, miró a Artie.

—El mismo —dijo.

Penn lo miraba fijamente. El taxista hizo un gesto de resignación y sacó del bolsillo varios billetes.

—Tenga, capitán. Me dio dinero para que me callara que me había hablado.

—Dígale todo —respondió Artie.

—Usted, calle —ordenó O'Malley.

—Vamos, dígalos todos.

—Me pagó para que le dijera dónde había cogido a un tipo al que llevé a Manchester Road a las diez y media. Esa es la verdad. Si yo hubiera sabido que era un crimen, no lo hubiera cogido el dinero.

O'Malley sonreía.

—Tómenle declaración en otro despacho —ordenó.

—Delante de mí —respondió Artie. Vamos, que lo diga todo. Quiero oírlo.

—Usted no manda aquí, Penn —le recordó el capitán.

—No, pero tengo derechos. Que diga cómo era el tipo y que iba armado con una pistola.

Cohen asintió.

—Lo llevé a Manchester Road. Y llevaba un arma. Se la vi.

—¡He dicho que le tomen declaración en otro lugar —bramó O'Malley.

Se lo llevaron.

El capitán se quedó mirando a Penn.

—¿Cree que eso le quita culpa, detective aficionado?

—No fui tan aficionado cuando descubrí el caso Thomas, O'Malley. ¿Es eso lo que le está escociendo ahora?

O'Malley se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban furiosamente.

—Bueno, ¿habla o qué? ¿Por qué mató a la mujer?

La puerta se abrió. Un detective asomó la cabeza.

—Ahí está el abogado de Penn. ¿Puede pasar?

—Déjele pasar... Sí, déjele paso libre.

Duke, alto, delgado, con cara de halcón, entró.

—Bueno, ¿qué diablos quiere decir esto?

El capitán sonrió, mientras Artie le explicaba al abogado. Luego, se puso en pie, cuando un agente le dijo algo por teléfono.

—Vengan conmigo. Tengo otra sorpresa para usted, Penn.

—No digas nada —dijo el abogado a Artie—. Ya hablaremos después.

Los llevaron a la sala de identificación. Varios policías y un par de rateros detenidos formaron la línea, ante las luces, sobre el estrado. Entonces, el capitán le hizo una señas a Artie.

—Suba y colóquese en el centro.

Artie sabía lo que venía después. Por eso no se sorprendió cuando vio aparecer a una mujer. Se acordaba de ella porque la había visto esa misma mañana en la escalera de la casa de Cornelia Cassidy.

—Por favor, señorita Black, ¿quiere mirar a esos hombres y decirme si alguno de ellos le recuerda al que vio en la escalera de su casa?

La mujer le miró seriamente.

—No le vi la cara, apenas.

—Pero fíjese en la estatura aproximada. Dígame si alguno de ellos le recuerda al hombre.

Ella pasó ante la línea. Sus ojos se clavaron en todos detenidamente. Parecía una muchacha concienzuda.

—¿Ha terminado?

—Sí.

Se dirigió hacia el capitán.

—El cuarto por la derecha. Pudiera ser... él.

Artie.

—Gracias, señorita Black.

Salió.

Volvieron al despacho. Duke se adelantó belicosamente.

—No es un reconocimiento en regla, capitán.

—No lo es. Pero... son muchas coincidencias. No vamos a perder el tiempo, Penn. Usted, estuvo en la casa, y usted trató de sobornar al taxista.

—Para que me dijera a quién había llevado a la casa.

—Porque estaba usted interesado en ella. Bueno, Penn, lo hemos cogido. La vamos a presentar ante un tribunal.

—¿Con esas pruebas? —preguntó Duke—. Hágalo y nos vamos a divertir todos.

—Ya encontraremos otras pruebas. Por de pronto voy a extender la orden de arresto contra usted, Penn.

Hito una pausa.

—Amenos que... colabore.

Artie pensó rápidamente.

Si lo arrestaban, quedaría en imposibilidad de moverse. No le convenía en manera alguna, aparte de los peligros que ello podría suponer

para su licencia. Cogió a Duke del brazo.

—¿Qué quiere? —preguntó el capitán.

—Hablar con mi abogado un momento.

—Bueno, hágalo. Le concedo cinco minutos. Ni uno más.

Artie se llevó a Duke a un rincón.

—Escucha, no puedo dejar que me arresten en estas circunstancias.

—No tienen pruebas, Artie. Puedo sacarte con un *habeas corpus*, antes de veinticuatro horas y el capitán lo sabe. Está faroleando.

—Aun así. No quiero. Creo que voy a “colaborar”.

—Sí hay algo que me ocultas...

—Nada... bueno algunas cosillas, pero esas no las van a saber.

Escucha, voy a colaborar.

—Bueno, pero que conste...

Artie se volvió al capitán.

—Conforme. ¿Qué quiere saber, O'Malley?

—¿Estuvo en la casa?

—Estuve. La puerta estaba cerrada.

—¿Qué quería?

—Un cliente me pidió que vigilase a *miss* Cassidy.

—Bueno, ahora solo falta que me diga quién. Y ese uno quiere decir que lo sea.

—No puedo decirlo. Ya lo sabe, hay un secreto profesional.

El capitán lo miró con sus ojos gris hierro.

—Todo, Penn. Quiero saberlo todo.

Penn estaba pensando rápidamente. Tenía absoluta necesidad de sentir libres las manos... y los pies, para moverse.

—De acuerdo, le diré el nombre de mi cliente... si me suelta.

—No admito imposiciones.

—Como quiera. O intercambio de colaboración o... nada. Vamos al juicio.

El capitán lo pensó durante un instante.

—Haremos una cosa. Usted está en un aprieto, Penn. Y lo sabe. Yo tengo un asesinato entre las manos. Y quiero resolverlo... yo.

Artie lo comprendía. Las elecciones para la alcaldía estaban próximas. El capitán quería presentarse de nuevo para el puesto. Un crimen descubierto le serviría de apoyo para ello.

—Le diré otra cosa, Pen. No creo que usted matase a la mujer. No parece haber motivos, para ello, pero... usted está dentro del vértice del ciclón. En el mismo centro. Usted sabe cosas, y yo quiero saberlas también. Y descubrir al asesino. Sobre estas bases, ¿colaborará?

—Por supuesto.

Artie había decidido ya la línea a seguir. Y esa línea pasaba por la colaboración con O'Malley.

—Bien. ¿Quién?

—Míster Market.

—¿Market, de...? ¿El financiero?

—El mismo.

—¿Quiere decir que estaba liado con esa mujer?

—No me dijo tanto. Sólo que la siguiese y le diese cuenta de sus movimientos. La noche anterior la estuve vigilando y un hombre estuvo con ella. El taxista les ha dicho ya cómo era. Eso es todo lo que sé.

—¿Quiere decir que estuvo con ella toda la noche?

—A las dos de la mañana estaba dentro de la casa. No hay más salida que la de Manchester Road. Y no había salido por ella.

El capitán pulsó el botón del interfono.

—Que venga Reilly.

El teniente apareció un momento después.

—¿Están buscando al tipo que describió el taxista?

—Sí, señor. Tenemos a Cohen mirando en el archivo.

—Vayan aprisa.

Cuando el teniente se retiró, O'Malley se volvió a Artie.

—Bueno, cumpliré lo pactado. ¿Dice que la puerta estaba cerrada?

—Supongo —respondió Penn prudentemente—. Nadie me respondió, cuando llamé, aunque lo hice repetidamente.

—¿Por qué quería usted verla?

—Me lo había pedido mi cliente. Una cosa, O'Malley Sólo sé lo que he oído en los boletines por radio. ¿A qué hora murió?

—No lo sabemos aún. Probablemente... bueno no lo sabemos.

También él era prudente.

—¿Y quién lo descubrió

—La asistente negra. Tiene una llave. Cuando llegó, a las diez y media, el cuerpo estaba completamente frío.

—Ese tipo la mató, capitán. No pudo ser otra persona... si el cuerpo estaba frío. A las dos no había salido, le repito.

El capitán estaba tomando rápidas notas en un papel.

—Está bien, Penn, puede retirarse. Pero... no se le ocurra salir de la ciudad. Que suelten también a ese chico, Buck. A él sólo le pagan.

Penn cogió a Duke por el brazo y ambos salieron de la oficina del capitán.

Al aire libre, respiró profundamente.

—Diablos, ha aceptado demasiado pronto —dijo—. Eso me huele a trampa, muchacho.

—Escucha, ¿hay algo que no me hayas dicho?

—Sí, Duke. Entré en la casa con una ganzúa. A las diez de la mañana. Estaba ya muerta, y fría. Ese tipo la mató.

Duke silbó entre dientes.

—Has hecho bien en no confesarlo. O'Malley se hubiera echado encima de ti con toda su fuerza. ¿Qué vas a hacer?

—Descubrir a ese hombre.

—Pero con esa pista...

—No te preocupes. Y gracias, Duke. Ya te llamaré si te necesito, si O'Malley no cumple su parte del pacto.

Estrechó la mano del abogado y se metió en una cabina telefónica.

—¿Minny?

—Artie, ¡por el amor de Dios! ¿Qué ha...? —su voz sonaba casi histérica.

—Cálmate, preciosa. Estoy libre. Escúchame atentamente: Han soltado también a Buck. Se quedará contigo todo tiempo el que haga falta. Pero mantente cerca del teléfono por si te necesito.

Miró hacia afuera. La niebla volvía a espesarse al caer el día. La oscuridad era casi absoluta.

—¿Me has entendido?

—Claro que sí, pero si piensas que...

Colgó rápidamente. Llamó de nuevo. El teléfono estuvo sonando durante un rato, hasta que una voz dijo:

—Domicilio de míster Market.

—Quiero hablar con míster Market.

—Lo siento, no se encuentra en casa. ¿Desea algún mensaje para él?

—Ninguno. ¿Sabe dónde está?

—No, señor. No lo sé.

Colgó.

Se quedó un momento, pensativo, con un níquel en la mano. Luego se lo guardó en el bolsillo. Salió, tomó un taxi hasta la puerta de su oficina y allí cogió su coche.

Con las manos en el volante, estuvo durante un momento. Luego lo puso en marcha.

El Atlantic, un club nocturno de segunda categoría se encontraba en la calle Guerrero Español. Empujó la puerta de madera tallada y entró. Un ambiente mezcla de humo de cigarrillos y de efluvios alcohólicos, le abofeteó.

Caminó hasta el mostrador.

—Benny —dijo al camarero que atendía la barra—. Quiero un informe.

El otro lo miró inexpresivamente.

—Cien dólares de informes.

La boca del camarero se abrió en una sonrisa.

—Un tipo moreno, de unos treinta años, con aspecto latino, y relacionado con Max —siguió Artie.

—¿Con Max? No sé nada.

—Benny, quiero saberlo. Max no está contra mí.

—Pues no me han dicho nada. ¿Por qué no le preguntas Busty. El sí ha preguntado por usted, Artie. Allí lo tiene.

Penn se volvió en redondo.

Busty estaba sentado en una mesa y en ese momento levantaba los ojos para fijarlos en él.

Llevaba una mano vendada.

Artie caminó hacia él. Busty estaba con una de las muchachas del Atlantic. Se fue incorporando lentamente según se aproximaba el detective privado.

—Hola —dijo éste.

Busty no respondió. Lo miraba de una manera asesina.

—Quiero hablar con usted.

—Y yo no quiero hablar con un bastardo como usted. Así que... lárguese hasta que...

—No me ha entendido. He dicho que quiero hablar con usted.

—Y yo...

Estaban llevando la mano sana al sobaco. Artie adelantó la suya y le cogió la zarpa en la que le había golpeado con el cenicero.

El gordo intentó retroceder. Pero Artie apretó. Un gesto de dolor incontenible surgió en las comisuras de la boca de Busty.

—¿No me has entendido, gordo? Sigue haciendo tonterías y...

Apretó más aún. Busty retiró la mano del sobaco, mientras su pierna se ponía en movimiento.

Artie se apartó a tiempo. La patada le hubiera alcanzado justo en la espinilla.

—Oigan —dijo Benny—. No quiero líos...

—Busty viene conmigo. Así lo ha dicho Max.

—¿Max?

Soltó a Busty. Este se cogió la mano con un gesto de dolor.

—Lo ha dicho. Que tengo que hablar con usted, y que usted no se va a zafar.

—¿Max ha dicho eso?

—Eso mismo. Vamos, salgamos.

—¿Por qué no hablamos aquí? ¿Eh? ¿Se puede saber por qué no hablamos aquí? Mire, Penn, vamos a tomar una copas... Si Max ha dicho que usted tiene que hablarme pues no hay nada más que decir, pero, podríamos...

—Vamos afuera.

—Bajó la voz.

—No quiero que oigan lo que voy a decirle.

Miraba directamente a los ojos del gordo. Este, echó una mirada a la muchacha y luego se abrochó la chaqueta.

—Bueno, en ese caso...

Artie se dirigió hacia la salida.

Cuando llegó, se volvió. Busty lo seguía ya.

Artie sabía que se estaba arriesgando mucho, pero no le importaba en esos momentos.

Se metió en el coche y el gordo se aposentó a su lado. Artie puso “Chevry” en marcha.

—¿Dónde vamos?

—Lo verá enseguida.

Salieron de la calle del Guerrero Español y continuaron por Lafayette. Los comercios arrojaban oleadas de luz que apenas podían con la niebla.

—¿Es lejos?

—No.

El gordo se removió en su asiento.

—Escuche, Penn...

—¿Sí, Busty?

—No le voy a tomar en cuenta lo que me hizo esta mañana, si Max dice que debo olvidarlo.

—Conformes.

Dobló rápidamente la esquina. Al instante, la escasa luz que la niebla permitía, se apagó. Los faros iluminaban un callejón encerrado entre altas tapias.

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Dónde vamos?

Artie detuvo el coche. Metió la mano en el sobaco y apareció de nuevo armada con su automática 45.

—No te muevas, Busty.

Le metió la mano en el interior y le sacó la pistola. El otro no había reaccionado aún.

—Bájate.

—Pero, ¿qué significa...? ¿Qué quiere hacerme...?

Artie abrió la portezuela de su lado. Dio la vuelta al coche y abrió la de Busty.

—He dicho que te bajes. Vamos.

Le golpeó con la culata en el brazo.

Busty lanzó un gruñido e intentó golpearlo a su vez. Artie se apartó y le apuntó directamente a las piernas.

—¿Quieres quedarte cojo para toda tu vida?

Busty bajó. Inmediatamente, Artie lo empujó contra una de las paredes.

—Oiga, no pensará matarme, ¿verdad?

—No, si contestas a lo que te pregunte.

—Max lo matará por esto.

—No te preocupes de lo que haga Max. Por el momento estamos tú y yo solos aquí. Vamos, vas a hablar.

Apenas le veía la cara. Le metió el revólver en el vientre.

—¿Quién es un tipo moreno, alto que lleva una gabardina de color castaño?

—¿Por qué me pregunta eso a mí?

—¿No quieres contestar? ¿Cuál de tus compañeros es?

—Pero yo no...

El golpe casi cogió desprevenido a Artie. Fue un golpe fuerte, que la niebla le impidió bloquear hasta el último momento. Inmediatamente respondió. Con fuerza y ganas de hacer daño.

El gordo se dobló sobre sí mismo, lanzando gemidos entrecortados.

—¿Quién es...?

—No lo sé...

Artie volvió a golpearle, esta vez en la cara. Una, dos veces, hasta que el otro gimió:

—¡Pare, pare, maldito...!

—¿Quién es...?

—Rizzo... Debe ser Rizzo.

—¿Dónde se le puede encontrar?

—No lo... ¡Espere!

—Habla.

—Vive en Lane Street, en el número 32.

Estaba devolviendo. Artie se apartó.

Esperó un momento.

—¿Dónde has dicho?

—Lane... 32.

Artie levantó el arma y la descargó sobre la cabeza del gordo. Luego se volvió rápidamente, entró en el coche, lo puso en marcha y salió retrocediendo. Cuando alcanzó Lafayette, tomó mayor velocidad.

Es decir, toda la que le permitía la niebla.

Lane Street sale de Proctor y serpentea bordeando el barrio negro. Cuando llegó al 32, paró.

Salió del coche. Un portal iluminado por solo una bombilla, abrió las fauces ante él.

Una mujer, cargada con una cesta, salía en ese momento.

—Busco a Rizzo —dijo Artie—. ¿Qué piso?

—¿Quién?

—Rizzo. Un tipo alto, moreno. Tengo un recado para él.

—Mire en el primero, la puerta 7. Puede que sea él.

Artie ascendió una escalera húmeda y llegó al primer piso, 7.

Sacó la pistola y llamó a la puerta. Luego se apartó. Pero nadie respondió.

Volvió a llamar. Nada de nuevo.

Empujó la puerta. Estaba cerrada. Sosteniendo la pistola con la izquierda, sacó la ganzúa y la introdujo en la cerradura.

Cuando se abrió, se echó a un lado. Nada ocurrió. Silencio completo.

Con toda clase de precauciones, penetró en el cuarto. Estaba completamente a oscuras.

Buscó la luz, pero no logró encontrar la llave. Cerró suavemente tras de sí y sacó la linterna del bolsillo. Una linterna no mayor que una estilográfica.

Y allí estaba. Había encontrado a Rizzo.

CAPITULO VI

Yacía en el suelo, extendido, de bruces. La lucecilla de la linterna paseó por sobre su espalda hasta la cara, crispada en una mueca.

Tenía un agujero en la sien derecha.

Artie apagó la linterna. Casi como si hubiera sido una señal, oyó el ulular de una sirena policíaca.

Salió de un salto, cerró la puerta y bajó los escalones de dos en dos. Cuando llegó al portal, miró a un lado y otro. Aún no se veía el coche.

Entró en el suyo, lo puso en marcha y en el momento en que arrancaba, por la esquina apareció la luz roja destellante del coche de la policía.

Las mandíbulas de Artie estaban tensamente apretadas. Guio a la máxima velocidad que pudo entre las callejuelas del barrió negro, salió al río y pasó por el puente, hasta encontrar la ruta 67. Las casas, bajas, chalets en su mayoría, se iban aclarando.

Paró ante un bar de camioneros y penetró en él.

—Whisky —pidió—. Y un café bien cargado.

Mientras se lo servían, alcanzó la cabina telefónica. Llamó rápidamente y la voz de Minny llegó hasta él.

—¿Novedades?

—Artie, corazón, ¿es que no piensas...?

—¿Hay novedades?

—Las hay. Míster Market quiere hablar contigo. Ha llamado con mucha urgencia.

—¿Desde dónde? ¿Lo ha dicho?

—No, cariño, pero... ha dejado un número.

—Escúchame atentamente, Minny. Llámale y dile que yo también tengo que verlo. ¿Hay algún policía ahí?

—Ninguno. Sólo Buck.

—Llama a Market y dile que lo veré en su casa, dentro de media hora. En su casa, ¿comprendes?

—Comprendo —respondió la voz exasperada de su secretaria. Pero, ¿cómo te localizaré después?

—Llamaré dentro de diez minutos de nuevo.

Colgó. Se tomó el café y el *whisky*, parte y parte, mientras fumaba un

cigarrillo. Cuando acabó, volvió al teléfono.

—¿Sí, Minny?

—Te verá, corazón. Parece terriblemente preocupado...

—Tiene motivos. Quédate ahí con Buck. Podría necesitarte.

—Pero, ¿es que quieres que me compre una tienda de campaña y acampe aquí? Yo también tengo mi vida privada. No tan intensa como la tuya, corazón, pero...

—No repliques. Te pagaré doble jornada.

—Triple y no hablemos más... Oh, cariño, no hagas caso. Lo que quiero es verte, sentarme contigo en una mesa en el Club Ochenta y Ocho, y...

—Mañana.

—Mañana.

Colgó. Respiró pesadamente.

Bien, ahora venía una parte nada fácil.

Montó en el coche y se dirigió de nuevo a la ciudad, pero por distinto camino. Atravesó el Sillatoe por el puente Viejo y alcanzó los Hights, la zona residencial, tardando en ello casi media hora.

La casa de los Market estaba en la parte más alta. Una casa rodeada por un jardín de casi un acre de extensión.

No entró. Pasó rápidamente por delante, hasta alcanzar una cabina telefónica en la acera. Desde ella, llamó. Al cabo de un momento, la voz del mayordomo negro le respondió.

—¿Míster Market? Ignoro sí...

—Me está esperando. Vamos, rápido.

La voz, de Market.

—¡Penn! ¡Necesito hablar con usted!

—Y yo con usted. Escuche. ¿Le ha hablado algún policía?

—Me han llamado por teléfono. Querían... querían verme —esta noche. Les dije que me preparaba a pasar fuera el fin de semana, y... respondieron que de todas formas querían hablarme. Yo...

—Quiero decir: ¿No hay algún policía en la casa en este momento?

—No, por supuesto que no. Escuche...

—Está bien. Abra la puerta de la verja. Puede hacerlo desde dentro, ¿no?

—Sí, la abriré. Lo espero, pero no tarde.

—La casa, ¿tiene dos salidas?

—Sí, pero...

—Bueno, ya voy.

La puerta de la verja estaba abierta. Lo vio al pasar de nuevo. Aparcó el “Cohevy” dos cuadras más allá y volvió andando. Entró, atravesó el jardín y se encontró ante la puerta de la casa, tapada por un porche, y que también estaba abierta.

Market lo esperaba en el *hall*.

—Penn, por el amor de Dios, por fin lo... Pase, venga.

—¿No está su esposa?

—No. Afortunadamente. Penn, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo se le ocurrió decirles a los policías que yo le había encargado de la vigilancia de esa mujer?

Habían entrado en el despacho de Market. Este cerró la puerta y se dirigió rectamente a un mueble-bar. Llenó dos vasos de *whisky* y tendió uno al detective. No era el primero que bebía. Sus ojos estaban cargados y tenía la faz enrojecida.

—Por el amor de Dios, ¿por qué lo hizo?

—Mire mi cuello. No tengo otro de repuesto. Y me costaría la licencia.

—Pero ahora, mi mujer se enterará de todo... Será horrible. Por Dios, ¿cómo se me ocurriría... liarme con esa mujer?

—Sí, debió pensarlo. Lo mismo que debió meditarle antes de enredarse con otras...

—¿Usted... usted lo sabe?

—Tomo mis informes. ¿Dónde está su esposa?

—Con unos amigos, ya le he dicho, pero, ¿qué importa eso ahora?

—¿Con qué amigos?

—Con los... ¿por qué quiere saberlo? —añadió con una nota de sospecha en la voz.

—Convendría saberlo, eso es todo.

—No importa, déjela. Tiempo tendré de enfrentarme a ella... cuando... ¿Qué vamos a hacer?

—Market.

El otro se había llenado otro vaso y lo bebía con la misma avidez que un sediento en el desierto.

—Market, no le conviene estar borracho cuando la policía llegue. Yo no voy a estar presente. Cuando los oiga, me marcharé por la puerta trasera. Pero antes quiero hablar con usted.

—¿Qué dice? ¿Marcharse?

—Eso mismo. Esta mañana me han sometido a presión y no quiero que vuelvan a hacerlo.

—Pero usted tiene que sacarme de este lío. Escuche, ¿por qué no dice que usted la mató y...?

Artie lo miró con desprecio.

—¿Cuánto cree que le costaría eso, Market?

—No lo sé. ¿Cincuenta mil? ¿Lo haría por ese, dinero?

—Ni por un millón, Market. Me gusta mi pellejo, se lo he dicho.

Hizo una pausa.

—Quería saber solamente hasta dónde llega su cobardía, Market.

—¡No me insulte! ¡Usted no sabe de lo que es capaz, mi mujer...!

—¿De abandonarlo?

—¡De dejarme en la miseria!

—Su mujer lo sabe todo, Market.

—¿Qué... qué dice?

—Está enterada de todas sus aventuras, Market.

—¿Cómo lo sabe?

—Ella misma me lo ha dicho.

—¿Qué le ha dicho...? ¿Cuándo? ¡Usted miente!

—Ella misma. En casa de los McKister.

—Usted, sucio entrometido...

Se dirigió hacia él e intentó golpearlo. Artie lo empujó y lo tiró sobre un sillón. El vaso de *whisky* se derramó sobre la lujosa alfombra.

—Y ahora, escúcheme, tonto del diablo. Su mujer está enterada. ¿Me entiende? Afronte la situación como un hombre. Porque no le he dicho aún... Se detuvo y apretó los labios. Había estado a punto de descubrirse a sí mismo.

—Cuando llegue la policía yo me marcharé, pero antes...

Cogió el teléfono y comenzó a marcar. Market lo miraba con los ojos entornados. Parecía bastante borracho.

—Quiero hablar con la señora Market.

—La señora Market no está aquí —respondió la voz del mayordomo de los McKister.

—Que se ponga la señora McKister.

—Pero... ¿qué hace? —preguntó Market—. Suelte el teléfono, cerdo.

—Cállese o le golpearé de nuevo.

Market se había puesto en pie e intentaba quitarle el teléfono. Artie le dio un fuerte golpe y lo volvió a tirar, esta vez sobre la alfombra.

—¿Bola? Soy Artie.

—¡Artie! ¿Dónde se mete? ¿No quiere tomar un buen trago?

—Quiero hablar con la señora Market. Con Wanda.

—Pero querido, Wanda no está.

—¿Dónde está?

—Se marchó.

—No mienta, Bola.

—¿Mentir? ¿Está usted loco? Usted no puede llamarme embustera.

—¿Cuándo se marchó?

—Oh, pues... no lo sé. Se fue, eso es todo. No la vi. Llegaron unos amigos y ella ya no estaba. La buscamos por el jardín y...

La voz de un hombre relevó a la de Bola.

—Oiga, Artie, como se llame. ¿Dónde está la señora Market? Soy Mckister.

—Por ella le estoy preguntando a su esposa.

—Ella se marchó con usted, ¿no?

—Por supuesto que no.

—Pues no está.

—Espere un poco.

—¡Espere usted! ¿Quién diablos es usted, a fin de cuentas? Usted llegó aquí, bebió y se marchó con ella. Y ahora sale conquie Wanda no está con usted. ¿Sabe lo que voy a hacer? Telefonar a su marido y...

—Le estoy hablando desde la casa de Market, Mckister. ¿Quiere comprobarlo?

—Yo... esto... sí, que se ponga John.

—Ahora mismo. Pero antes..., ¿está el coche de mistress Market ahí?

—No está.

—Bueno, hable, Market. Su amigo quiere hablarle.

Le tendió el teléfono. Market farfulló algo, escuchó y luego colgó. Se cogió la cabeza entre las manos.

—Santo Dios, ¿le habrá ocurrido algo a mi esposa?

—No lo sé. Escuche, Market, ¿le hacía chantaje Cornelia?

—Yo, esto... sí. Me hacía objeto de un chantaje. Tenía que pagarle mil dólares a la semana, o se lo diría todo a mi esposa.

Artie silbó por lo bajo.

—¿Por qué no me lo dijo antes, diablos?

—No quería decirlo a nadie, porque...

—¿Por qué?

—Pues... por vergüenza. Y luego, al enterarme de que la habían matado temí que la policía me acusara del crimen. Es motivo suficiente, ¿no?

—Sí.

—¡Usted tiene que ayudarme, Penn! ¡Tiene que hacerlo! ¿Qué puede querer de mí la policía?

—Me lo imagino. Pedirle explicaciones. Déselas. Dígales todo. Incluso lo del chantaje.

—¡Pero me acusarán entonces de haberla asesinado yo!

—No lo creo. Tiene una coartada: Yo. Usted no pudo salir de aquella casa y llegar aquí antes que yo a la mía. Usted me llamó desde aquí, ¿no?

—Sí, lo hice. Usted lo sabe bien.

—Lo creo. Y lo hizo en voz baja para que su esposa no se enterase, ¿no?

—Sí, ella debía estar en su dormitorio, y hay una extensión con el aparato del vestíbulo. Varias extensiones en las habitaciones.

—¿Habló con su esposa?

—No, esto... no quise despertarla. Era muy tarde. Oiga, Penn, usted tiene que sacarme de esto. Le pagaré lo que sea, repito pero tiene que librarme de ello.

Penn se irguió.

—Bastante haré en intentar salir yo mismo, Market. Hable usted con la policía y dígales lo que le hacía Cornelia. Es posible que lo comprenda y que lo dejen tranquilo. Usted tiene detrás de sí los millones de su esposa.

—Pero ella... ella se divorciará de mí...

—Ya le dije que ella estaba enterada de todo lo suyo, Market. Y si se divorcia o no, es cosa de ustedes.

Hizo un gesto con la mano en el aire, como borrándolo todo.

—Y no lo dejo a usted colgado, porque alguien me ha estado metiendo en todo este maldito lío.

Cogió el teléfono y llamó a su oficina.

La voz de Minny le llegó lenta, y cuidada.

—Minny, ¿está Buck ahí contigo?

—Sí, Artie. Y... han venido dos hombres preguntando por ti.

—¿Policías?

—No, Artie, no lo eran. Yo diría que...

—No lo digas. Ya me imagino quiénes pueden ser. ¿Están en la calle?

—Me parece que... Buck, mira si están aún en la calle...

Hubo un silencio. Luego, la voz de Minny, de nuevo, esta vez tensamente.

—Artie, siguen ahí. Hay un coche parado, con las luces apagadas, casi en la esquina. Artie...

—Escucha, no te muevas. Encerraos con llave. Dile a Buck que tenga la pistola preparada y que no deje entrar a nadie. A nadie, ¿entiendes? Yo voy para allá.

—Entiendo, Artie.

—No tardaré más de media hora, pero *no dejéis entrar a nadie*.

—Conformes, pero... ven lo más aprisa que puedas.

—Colgó. Market lo miraba con ojos alucinados.

—¿Es que se va a marchar?

—Por supuesto que sí. Y ahora le voy a decir una cosa, Market, y quiero que la entienda bien. El hombre que estuvo en casa de Cornelia... está frío en estos momentos. Alguien le ha pegado un tiro.

Cogió la trinchera y se la puso por encima de los hombros.

—Usted... usted lo ha matado...

—¿Yo? No diga tonterías. Yo no lo he matado. Alguien lo había hecho ya cuando llegué a su casa.

—Usted...

—Cállese o le cerraré la boca de un puñetazo, estúpido borracho.

Se dirigió a la puerta.

—Y le aconsejo que hable con los policías.

Salió, encontró el botón que abría la puerta de la verja y siguió por el jardín. Justo en el momento en que llegaba a la puerta de la verja, ésta se abrió.

Artie se metió precipitadamente tras el tronco de un laurel. A la escasa luz, vio una figura femenina que cruzaba ante él.

—Wanda —dijo.

Ella se volvió, con un respingo.

—Soy yo, Artie.

—¿Artie? ¿Qué haces aquí?

—Acabo de hablar con tu marido. Ahí lo tienes, borracho como un cerdo.

Ella estaba muy cerca de él.

—¿Dónde te escondes? Te he llamado a casa de los Mckister.

—No me escondo. No necesito ocultarme de nadie...

—Pues lo parece.

Alargó la mano y la cogió por el brazo.

—¿Dónde has estado?

—No te importa.

La cabeza de ella se alzaba, desafiante. Artie sintió deseos de abofetearla.

—Pues entonces, ve enterándote: Dentro de poco llegará la policía, y entonces tanto tu maridito como tú vais a tener que explicar un montón de cosas.

—No tengo nada que decir.

Pero en su tono había una ligera vacilación. Artie lo notó.

—Mejor para ti.

—Escucha... ¿por qué no entras y hablamos...?

—Lo siento, pero en este momento tengo demasiada prisa. Llámame a mi oficina. Ya conoces el número.

Pasó por su lado y llegó a la puerta. Aún la vio por última vez, parada en medio de los cendales de la niebla.

Llegó hasta su coche y subió en él. Le hubiera gustado hablar con ella, pero estaba intranquilo. Mejor dicho, positivamente asustado por lo que pudiera ocurrir a Minny.

Porque sabía quién estaba esperándolo a la puerta de su oficina, en un coche. Y sabía que con ellos no podría bromear. No eran de éstos, simplemente.

Llegó hasta la calle. Vio el coche casi enseguida Negro, con las luces apagadas, excepto los faros de posición. Pasó junto a él y paró ante su oficina.

Se apeó, y cerró la portezuela. Los tuvo a su lado, casi al momento.

—Penn.

Se volvió.

—¿Sí?

—Max quiere hablarle.

Allí estaban, altos, con las narices aplastadas, como dos torres sólidas,

y pétreas.

—¿Sí? ¿Dónde está Max?

—Ahí. En el coche.

Lanzó una mirada. No veía nada.

—Muchachos, decidle a Max... No, esperen un momento.

Caminó entre los otros dos hasta llegar al coche negro.

—Y no me empujéis —dijo.

Tenía la mano metida en el sobaco. Los otros no parecían haberse dado cuenta, pero estaba seguro de que estudiaban todos sus movimientos.

La puerta del coche se abrió.

—Hola, Artie, gran bastardo. Entra.

—Un momento, Max.

—¿Qué? Entra.

—Subid a mi oficina. Hablaremos allí más a gusto.

—No voy a ir a ninguna parte, bastardo. Entra tú aquí...

—Será mejor que lo hagas, Max. Hablaremos más a gusto en mi oficina.

—Muchachos...

Artie dio un paso atrás. Algo brilló de súbito en su mano.

—Como quieran. Pero cuando comiencen los fuegos artificiales, no me acusen a mí. Y por cierto, que voy a comenzar.

Su voz sonaba con una seguridad mortal. Los dos guardaespaldas de Max habían echado mano a sus sobacos.

La situación era tensa, tanto que Artie sentía dolerle las mandíbulas.

Porque en cualquier momento, podía morir. Lo sabía perfectamente.

CAPITULO VII

Hacerme esto a mí —dijo la vocecilla aflautada de Max Maritzki—. No puedo creerlo...

—Como quieras, Max, pero no me vais a dar un paseo, mientras yo tenga esto en la mano.

—Pero... ¿quién quiere darte un paseo? Bastardo, bastardo, ¿es que no tienes confianza en mí? Sólo quería hacerte unas preguntas.

—Házmelas en mi oficina, Max. Te doy mi palabra de que contestaré a todo lo que quieras, pero... “arriba”.

Max pareció pensarlo.

—Está bien, vamos a tu maldita y sucia oficina.

—Tú solo, Max. Puedes dejar aquí a los muchachos.

—¿Subir yo solo, después de que me has amenazado con... “eso”?

—No corres ningún peligro y lo sabes, viejo camandulero. Vamos, decide pronto.

—Tú has estado hablando con la policía.

—Y no les he dicho nada.

—Y has pegado a Busty, lo has dejado medio muerto.

—Quería que me dijera algo, y se resistió. Por eso le pegué, solo por eso. Y ahora, Max... ¿subes o no?

El gran corpachón del “boss” comenzó a salir del coche.

—Vamos. Muchachos, quedaos aquí. Dentro de quince minutos subid, y si es necesario... emplead la ferretería. Vamos, bastardo.

Artie lo dejó pasar primero.

Llegaron a la oficina. Artie llamó a la puerta.

—¿Sí? —dijo la voz de Buck.

—Abre, Buck. Soy yo, Artie. Puedes abrir.

—¿Te guardas la espalda, eh, bastardo? —preguntó Max.

—Hago lo mismo que tú.

La puerta se abrió. Buck, de mediana estatura, pero muy anchos de hombros, estaba en el umbral, con un pesado revólver en la mano.

—Hola, Artie.

—Buck, Max viene conmigo. No hay peligro... por el momento.

Luego, de pronto, un revoloteo de faldas y algo cayó entre los brazos de Artie. A su olfato llegó el ligero perfume de sus cabellos.

—Calma, calma, muñeca. Ya ves que no me ha ocurrido nada.

—Pero...

La joven vio a Max. Se separó de Artie.

—Anda, busca unas cervezas. Ven, Max.

Maritzki lanzó una mirada a la joven.

—¿Esta es tu secretaria? ¿Nada más que secretaria?

—¿Qué más quiere usted? —preguntó ella desafiante.

—No nada. Yo no quiero nada. Bonita. Parece una chica bonita.

—Bien, Max, ¿quieres que hablemos, sí o no?

—Claro bastardo. Vamos a hablar.

Artie se dejó caer en su silla. Indicó la de las visitas a Max. Este lo contempló con curiosidad.

—¿Tienes por ahí algún micrófono? Lo he oído decir.

—Para ti no, Max.

—Mejor será así. No me gustaría que me tendieras una trampa, Artie.

No las soporto, simplemente.

Hizo una pausa.

—¿Y bien? ¿Artie?

—¿Qué quieres primero?

—¿Por qué has pegado a Busty?

—Te lo dije. No quiso decirme algo que yo quería conocer. Le obligué eso es todo.

—No me gusta que les pongan la mano encima a mis muchachos.

—¿Ni aunque ellos te engañen?

—En ese caso... —los ojillos de Maritzki se entornaron—, tengo medios para darles unos azotes cariñosos.

—Busty estaba actuando a espaldas tuyas, Max.

—¿Se... guro?

—Seguro, Max. Lo mismo que Rizzo.

—Eso —dijo Max Maritzki— es algo que dices tú.

—Que pruebo, Max. Rizzo estaba trabajando por su cuenta.

Miraba al gordo atentamente. Los ojos de Max seguían entornados.

—¿Sí?

—Sí. Estaba trabajando por cuenta de un cliente particular.

Silencio.

—¿No lo crees? Tengo pruebas. Pero no las necesitas, Max. Lo sabes. Sabes que es verdad.

—Supongámoslo.

—Y... Rizzo ha muerto, Max. Ya ves que soy sincero. Rizzo ha muerto porque estorbaba a alguien.

—¿Cómo lo sabes, gran bastardo?

—Lo he visto, Max.

—¿Dónde?

—En su casa. En su tugurio. Estaba frito. Alguien le ha metido una pílora de plomo en la pensadera.

—Ya.

“Lo sabía —pensó Artie—. Lo sabía, el muy cerdo”.

—Y, ¿cómo sé que no lo mataste tú?

—Porque no tenía ningún motivo para hacerlo. Por eso. Lo sabes bien.

—Yo no sé nada. Rizzo era un querido amigo.

—No mientas, Max.

—Nunca me han llamado mentiroso.

—Yo lo hago ahora. Rizzo no era tu querido amigo.

—¿Me estás acusando de haberlo matado yo?

—Por supuesto que no. Tú no has matado a nadie desde hace veinte años. Pero has podido dar las órdenes para que lo hicieran.

Max se puso en pie, lentamente.

—No he dado esa orden, bastardo.

—Pero sabes quién lo ha hecho.

—No.

—Escucha, Max, no somos amigos pero nos respetamos, ¿verdad?

—Puede.

—Pues bien, alguien me ha metido en un lío. Escucha, Max, sabes que murió una mujer a la que Rizzo vigilaba, por cuenta de un cliente particular. Rizzo estaba con ella. Puede que la matase. Y luego lo han silenciado a él. Más, ¿tenías tú algún interés en esa mujer?

—Te lo dije, me debía dinero...

Sus ojos se estrecharon.

—Aunque puede que mis contadores se equivocaran. Es posible que no me debiera dinero alguno. Tal vez esos pagarés sean falsos. Puede que *ni siquiera* existan ya.

Artie casi podía seguir sus pensamientos paso a paso.

—Sería lo mejor, Max, pero... ¿ordenaste que Rizzo la matara?

Los ojillos, rodeados de bolsas de grasa, estaban ahora fijos en él.

—No. Simplemente, no.

—En ese caso... ¿quién ha matado a Rizzo?

—Yo no, por supuesto que no.

Estaba abrochándose la chaqueta.

—Artie, estás en un lío.

—Lo sé, viejo.

—Y yo no quiero saber nada de ese asunto.

—Lo sé. No tienes por qué meterte en él... si es cierto que no estás enredado en el asunto.

—¿Lo dudas?

Se miraron rectamente a los ojos.

—No, Max. No lo dudo. Lo creo.

—Sal de ello como puedas.

—Lo haré. Pero quiero saber quién mató a esa mujer y quién despenó a Rizzo.

Max dijo:

—Rizzo era un bastardo. No tenía que haber buscado clientes por su cuenta. Les pago a mis muchachos lo suficiente como para que no me hagan esa suciedad a mí. Pero...

—Rizzo era un bastardo, pero no se vendía por cinco centavos, Artie.

Penn frunció las cejas. Max estaba dándole a entender algo. No claramente, jamás lo haría, pero si intentaba ponerle tras una pista. Sabía también que sería inútil preguntarle. No lo diría. Él se limitaba a señalar y luego... allá los demás se las arreglasen.

El grueso polaco se alejó hasta la puerta. Esta se abrió y Minny asomó la cabeza.

—Así que Max, arregla tus asuntos.

—Un momento, Max. ¿Te retiras?

—Me voy. Tendrás que arreglar tus asuntos solito.

—Lo haré, pero quería asegurarme que tus gorilas no me esperarán detrás de cualquier esquina, con un coche en marcha y un bloque de cemento fresco para ponérmelo en los pies.

—No, por supuesto que no.

Se volvió a Minny.

—Adiós, preciosa. Y cuando un día encuentren frío a su jefe, recuerde que a Max Maritzki le gustan las chicas guapas. Siempre tiene un puesto vacante para alguna que sea leal... como usted.

—Lo recordaré —respondió Minny con un hilo de voz que se esforzaba por hacer animoso.

—Adiós, vosotros.

Y salió. Artie dejó escapar el aliento con un suspiro de alivio. Minny le puso las manos sobre los hombros.

—Corazón, ¿es que...? ¿Es que ese tipo quiere...?

—¿Matarme? No. Afortunadamente me ha dejado solo. No está enfrente, y eso es mucho. Mucho. Tenía pagarés de ella, pero apuesto a que ya los ha destruido para que no lo relacionen con Cornelia.

La abrazó estrechamente. Buck asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo en orden, Artie?

—Todo, Buck. Vete a dormir. Pásame la cuenta cuando quieras.

—De acuerdo, Artie, si no me necesitas ya...

Desapareció. Un momento después se cerró la puerta.

—Y tú también te vas a ir a casita —ordenó Artie—. Yo te llevaré.

Minny apretó los puños sobre las caderas.

—Primero, maldito cerdo, me vas a decir todo lo que ha ocurrido.

Artie miró el teléfono. Minny le puso la mano encima al aparato.

—No —aseguró firmemente—, primero me lo vas a explicar. Luego hablaremos.

Buscó en el armario, sacó una botella de *bourbon* y sirvió dos vasos llenos. Colocó uno ante Artie y tomó el otro para sí.

—Vamos, habla.

Lentamente, mientras fumaba y bebía, Artie comenzó a contarle. Cuando acabó, ella terminaba su vaso.

—Pero entonces, Artie, ¿quién...?

—¿Quién mató a Cornelia? No lo sé. Tengo una idea... comienzo a ver un poco de claridad, pero necesito pensar sobre ello. Por eso quiero que te vayas a la cama. Voy a permanecer aquí, meditando, hasta que logre ver el asunto completo.

—Tú sabes algo más de lo que me has dicho —le acusó ella.

—No, palabra que no, preciosa. Pero espero que ocurra algo.

—¿Qué?

—No lo sé, pero algo “debe” ocurrir.

—¿Esta noche?

—Posiblemente, sí. Casi seguro. Alguien debe moverse de nuevo. El asunto no ha acabado.

Ella hizo un gesto.

—Así que esa mujer... te besó.

—Eso hizo, preciosa.

—Y... ¿te gustó?

—Me gustó.

Minny le amenazó con el vaso.

—Si vuelves a decir una cosa así...

—Espera un poco, preciosa. ¿No te agradecería que te besase Burt Lancaster?

—Por supuesto que no... bueno, no lo sé.

—Pues algo así era.

—¿Cómo si te hubiese besado Burt?

—Vete a la cama, Minny. Anda, te llevaré.

—Iré sola.

—Por cierto que no.

Se puso en pie y cogió las llaves del coche.

—Vamos.

Minny vivía cerca de los Apartamentos Hillcrest, donde moraba Artie. Este detuvo el coche ante la entrada.

—¿Seguro que no quieres subir?

—Seguro, preciosa. Estás cansada y yo también.

—Bueno, de todos los cerdos...

Le besó.

—No hagas caso, corazón. Y... procura descansar.

—Lo haré, preciosa.

Arrancó el coche y volvió a su oficina. Apenas había entrado cuando el teléfono comenzó a sonar.

Se quedó mirando al aparato. Cuando alargó la mano hacia él, sentía un ligero hormigueo en la nuca.

—¿Sí? —dijo con voz neutra.

—¿Artie?

—Yo. Hola, Wanda.

Hubo un silencio.

—Artie, te necesito.

—¿Sí? ¿Para qué? ¿A estas horas?

—Sí, tienes que venir.

—Vamos por partes. ¿Qué ocurre?

—Yo... Te lo diré cuando vengas.

—¿Dónde?

—¿Conoces el Warwick?

—En Longview, sí.

—Te espero allí, por favor... date prisa.

—¿Qué te hace pensar que iré?

—Artie, es preciso que vengas. Lo necesito como ninguna otra cosa.

—Está bien. Estaré allí dentro de un cuarto de hora. ¿Qué te ha dicho tu marido?

—Yo... te lo diré cuando vengas.

Y colgó.

Artie dejó el auricular lentamente en su horquilla. Estaba cejijunto. En efecto, esperaba algo, pero no aquello exactamente. Había algo que fallaba, algo que... algo que no debía estar allí, simplemente.

Cogió la trinchera de la que se había despojado, y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió vio al hombre.

Estaba parado en el corredor y tenía la mano alzada, como si fuera a llamar en ese momento.

—Hola, Penn.

—¿Qué hay, capitán?

—¿Puedo pasar?

O'Malley hizo ademán de apartarlo. Artie no se movió ni una pulgada.

—Lo siento. Me iba ya.

—Quiero hablar con usted.

—Lo lamento. Me iba a acostar.

—¿No puede aguardar un poco?

—¿Por qué no mañana, capitán?

—Porque me corre prisa, por eso.

Artie se apartó. El capitán entró y cerró la puerta.

—Penn, usted tiene una licencia. ¿Quiere que se la cancelemos?

—Por cierto que no.

—Pues siga haciendo tonterías y le doy mi palabra de que se queda en la calle.

—¿Por qué? ¿Qué tontería he hecho?

—Usted ha estado esta tarde en Lame Street.

—¿Yo?

—Usted, y no mienta. No vale la pena. Vimos su “Chevy” arrancar cuando llegábamos.

—¿Lo vio usted?

—Lo vio uno de mis hombres.

—Bueno. Supongamos —dijo Artie cautelosamente—, que haya estado allí. ¿Qué hay con ello?

—¿A qué iba?

—Usted lo sabe, capitán. Quería ver al hombre que estaba con Cornelia cuando ella murió. Al que vio el taxista.

—Y... ¿lo encontró?

—No estaba en casa.

—Oh, sí, estaba.

—Pues no me abrió la puerta.

—Estaba... frío.

Artie alzó una ceja.

—¿De veras? Vaya...

—Penn, es el segundo crimen en el cual se encuentra envuelto usted en solo veinticuatro horas. ¿No le parece bastante motivo como para tener una buena charla con nosotros?

—No, capitán. Penn investiga por cuenta de sus clientes. Penn no tiene la culpa si en el curso de una investigación aparece un cadáver.

—Penn, usted ha estado luego en casa de Market.

Penn sabía que nadie lo había seguido hasta allí. Es más, estaba seguro de que tampoco habían visto su coche en Lame Street. Simplemente no les había dado tiempo. Porque si le hubieran visto, haría ya rato que hubieran intentado localizarlo y no lo habían hecho.

Estaba pensando rápidamente.

—¿Quién se lo ha dicho? Pero, espere un momento capitán. ¿Por qué fueron ustedes a Lame Street?

El capitán lo miraba con sus azules ojos irlandeses. Unos ojos que podían ser muy fríos cuando quería.

—Porque alguien nos avisó de que había un fiambre en ese lugar.

—¿Quién?

—No lo sé. Lo estamos buscando. Un hombre nos llamó.

Hizo una pausa.

—Rizzo es un tipo de Maritzki. Y usted es amigo de Max. Usted me ha hablado desde casa de Max. ¿Le parece poco? Penn, estoy a punto de

acusarle de obrar por cuenta de Maritzki, y de matar por orden de él... Artie se echó a reír, pero no había alegría alguna en su tono.

—Vamos, capitán, ¿está usted borracho?

—Penn, no se pase de rosca, Hicimos un trato. ¿Qué ha hecho usted para cumplirlo?

—Capitán, alguien los avisó a ustedes para ir a Lame Street, ¿no? Bien. Búsquenlo, encuéntralo y tendrán al asesino. ¿Cómo mataron a Rizzo?

—De un tiro en la cabeza.

—¿Nadie oyó nada?

—Aquello no... ¿Qué diablos quiere decir?

—¿Nadie oyó nada? ¿Cómo lo dispararon? Probablemente con un silenciador, ¿no?

—No, no es necesario. Aquello es ruidoso y...

—No lo es. Yo estuve allí, ¿no lo recuerda? No hay ruido en invierno. Vamos O'Malley, métase eso en la cabeza. Lo mataron con un silenciador, probablemente y luego el asesino les avisó a ustedes.

—¿Quién, Penn?

—No lo sé. Pero quienquiera que fuese, sabía o se imaginaba que yo iba a ir allí.

—¿Quién, Penn?

—Capitán, se lo voy a entregar antes de que amanezca.

—Eso lo dice usted, pero, ¿cómo sé que no está intentando ganar tiempo?

—¿Para qué? Y, por otra parte, ¿por qué no vieron a Market?

Una mirada cautelosa apareció en los ojos de O'Malley.

—¿Por qué habíamos de hacerlo?

—Porque sí. Él era el amante de Cornelia. Pero ustedes no pueden o no quieren hincarle el diente a un tipo como él, ¿eh?

—Cierre el pico. Por menos de un cigarrillo lo llevaría a la Jefatura de nuevo.

—Vamos, O'Malley. Estamos en un país de igualdades para todos, ¿no lo recuerda?

—No me va a recitar ahora el texto de la Constitución, ¿verdad?

—No, pero usted me va a dar una oportunidad. Déjeme las manos libres por esta noche y le entregaré al asesino.

—¿Sí? ¿Quién es? No olvide que si sabe algo tiene que comunicárnoslo.

—No sé, pero aún no tengo las pruebas. Pienso tenerlas.

—Y cuando las tenga, ¿qué hará?

—Lo que le he dicho: entregarle el asesino. Usted podrá entregarlo al fiscal y apuntarse el éxito si quiere.

Echó una ojeada disimulada al reloj.

—Vamos, O'Malley, ¿lo va a hacer?

—Hasta la mañana, Penn.

—De acuerdo. Y ahora, tengo que salir.

El capitán lo volvió la espalda y se acercó a la puerta.

—Penn, si usted no trabaja por cuenta de Maritzki, y han matado a Rizzo, de ahora en adelante la ciudad va a resultar un sitio muy caliente para usted. No diga que no se lo he advertido.

—Deje a Maritzki por mi cuenta, capitán.

—Muy caliente, Penn. No lo olvide.

Abrió la puerta y salió.

Penn esperó un rato, hasta que estuvo seguro de que el otro había llegado a la calle. Apagó la luz y se asomó. Entre la espesa niebla vio una figura subir en un coche y éste arrancar lentamente.

Luego, se dispuso a bajar.

CAPITULO VIII

El Warwick, decorado al estilo de los “Putos” ingleses, era una taberna situada en las afueras de Longview. Tres escalones llevaban a la sala, con un mostrador de madera. A la derecha se abrían los reservados separados unos de otros por paneles de madera de roble.

Artie atravesó la sala, caldeada por una chimenea grande, y llegó a los reservados, que daban a un solo pasillo. Fue mirando a los interiores, hasta que vio lo que buscaba.

Wanda Market estaba sola, y había un vaso alto con una bebida granate ante ella. Ya no llevaba la falda de pana y el chaquetón, sino un vestido de lana que moldeaba perfectamente su figura.

Levantó los ojos.

Artie se sentó a su lado.

—¿Qué diablos tienes ahí?

—Coca con *whisky*.

El camarero se acercó. Artie pidió un doble sin agua. Hasta que le fue servido no habló.

—¿Y bien?

Ella alzó los ojos. Artie la miró con atención.

—¿Has tomado mucho?

—Bastante. Y quiero beber más.

—No por ahora.

No estaba borracha pero le faltaba poco. Una curiosa expresión en sus ojos azules obligó a Artie a alargar la mano y coger la de ella. No resistió.

Artie alzó la manga, hasta descubrir el torneado brazo. Se acercó para mirarlo mejor a la escasa luz.

—¿Qué buscas? ¿Pinchazos?

—Sí —respondió él brutalmente.

—No los encontrarás. No me “dopo”.

—¿No con hipodérmica?

—No, con nada. Es simplemente alcohol.

Artie la soltó. Ella se acarició el brazo desnudo y luego se bajó la manga.

—Bien, ¿qué te ocurre?

Silencio. Ella se limitaba a mirarlo.

—Habla.

—Llévame a algún lado. A tu casa, por ejemplo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no. ¿Qué te ocurría?

—No quiero ver más al cerdo de John.

—Bueno, pero no vas a venir conmigo a ninguna parte.

—¿No te gusto... lo suficiente? Tú me besaste esta mañana.

—Me gustas mucho. Pero no quiero llevarte a ninguna parte. Habla.

—John ha querido matarme.

—¿Cuándo?

—Hace un rato.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estaba como loco.

Artie encendió dos cigarrillos y colocó uno en la boca de la mujer.

—Estaba borracho cuando yo lo dejé. También me atacó a mí, pero lo dominé. Pero debe haber alguna razón para que te haya atacado a ti.

Ella fumó ávidamente.

—Le dije que quería separarme de él.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Lo dejé.

Artie esperó un momento.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Por ahí, bebiendo.

—¿Por qué?

Ella golpeó el vaso para atraer la atención del camarero. Pidió otra bebida.

Artie la contemplaba reflexivamente. No cabía duda alguna de que aquella mujer estaba pasando una crisis. Al principio creyó que había tomado algún estupefaciente, pero ahora estaba seguro de que no.

—No lo sé. Tenía ganas de aturdirme.

—¿Amas a tu marido?

—¿Amarlo? Lo desprecio y quiero verme libre de él. Pero él no lo desea, porque sabe que entonces se le acabaría su manera de vivir. Pero lo haré. Por eso te necesito a ti. Tú sabes que él me ha sido infiel con esa mujerzuela.

—¿Estabas anoche en tu casa?

—Sí.

—¿No oíste cuando tu marido me llamó?

—¿Desde casa?

—Sí.

—No lo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—El teléfono tiene extensiones en todos los cuartos. Yo estaba despierta. No llamó. Lo hubiera oído.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Qué importa eso ahora? Lo que quieres que presentes pruebas de que mi marido...

—Espera un poco, Wanda. ¿Estás segura de que hubieras oído desde tu extensión si tu marido hubiera llamado?

—Completamente segura. Al marcar alguno de los teléfonos, suenan los demás. Es poco, pero suenan.

—Estoy hablando de las dos de la mañana.

—Y yo me refiero de toda la noche, Artie. No pegué los ojos, pero, ¿qué importa eso ahora? Quiero separarme de ese cerdo. Deseo verme libre. Y tú me vas a ayudar. Quiero que...

—Espera un poco. Tu marido me llamó desde casa. Él me lo dijo.

—Pues mintió como hace siempre, el muy puerco. Quiero beber más, Artie, y que me lleves a algún sitio. Quiero bailar, quiero...

Artie encendió otro cigarrillo. Ella se lo arrebató de la mano y comenzó a darle profundas chupadas.

—¿De veras quieres eso, Wanda?

—Sí, más que ninguna otra cosa.

—De acuerdo. No bebas más. Vamos.

—¿Dónde me llevarás, Artie?

—Vamos. Ya lo verás.

Salieron.

—¿Cómo has venido? ¿Has traído tu coche?

—No, he venido en un taxi.

—Iremos en el mío, entonces.

—Pero, ¿dónde? Quiero bailar.

—Ya bailarás más tarde.

Entraron en el coche y Artie se situó ante el volante.

Lo puso en marcha y comenzó a rodar. La niebla se había espesado de tal manera que resultaba difícilísimo conducir. Pegado casi al bordillo fue siguiendo la carretera hasta entrar en la ciudad, después de cruzar el río.

—Vamos al “Club 25”. Hay una orquesta extraordinaria. Y un negro que te arranca el corazón con su trompeta.

—No vamos al “Club 25”.

—Pues, ¿dónde vamos?

—A tu casa.

Ella se volvió con fiereza.

—¿A mi casa? ¡No quiero! ¡Conejo!

—Iremos a tu casa. Quiero ver a tu marido.

—Pero yo no quiero verle. Te he dicho que...

—Me lo has dicho todo, sí. Pero yo quiero verlo ahora.

—¿Para qué?

—Lo sabrás enseguida.

—Eres un cerdo y un conejo, como mi marido. No sabes lo que te pierdes.

Él la miró, exponiéndose a que el coche que venía por detrás le tocara el parachoques.

Sé lo que pierdo, Wanda, pero eso puede esperar.

—Nadie me dice a mí que yo puedo esperar. Yo no espero nunca.

—Oh, bueno.

—Quiero bajarme. Quiero seguir bebiendo y aturdiéndome.

—Vienes conmigo. Métete eso en la cabeza, Wanda. Vienes conmigo.

Ella apretó los labios.

—Tú te lo pierdes.

—Conforme. Yo me lo pierdo.

Habían llegado. Detuvo el coche en la esquina y se apeó.

—Vamos, Wanda.

—No quiero bajar.

—Te estás portando como una niña.

—¡He dicho que no quiero!

Lo dijo chillando. Artie levantó la mano y la descargó sobre la tersa mejilla.

Ella lanzó una exclamación y levantó la suya. Arle se la sujetó con un puño de hierro.

—Así. Ya te ha pasado el ataque. Vamos, baja.

Ella luchó durante un instante, pero la zarpa de Artie la apretaba cada vez. Por fin, con un gemido, cedió.

—¿Bajas?

Ella obedeció.

—Supongo que tendrás llave. Abre.

Ella buscó en su bolso. Se había echado por encima, abrigo de piel. Estaban rodeados de una masa algodonosa que casi les impedía verse las caras.

La cancela se abrió. Entraron, y atravesaron el jardín. Allá, en lo alto, en el piso de arriba se veía una luz.

La joven se tambaleó algo cuando intentó meter la llave en la cerradura. Artie se la quitó y abrió. El *hall* los recibió con una oscuridad casi absoluta.

Cuando Wanda alargaba la mano para encender la luz, Artie se la cogió.

—Quieta —dijo en voz baja—. ¿Puedes llevarme sin hacer ruido?

—Pero... ¿para qué?

—No te preocupes de eso ahora. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. Creo que sí.

—Pues anda.

Cogidos de la mano, caminaron por el *living*, hasta alcanzar la escalera.

Ascendieron lentamente, hasta llegar al piso de arriba. Hacía un momento que estaban oyendo un ligero ruido.

—Parece en el cuarto de mi cerdo marido —dije ella reclinándose sobre el hombro de Penn—. Artie ¿por qué no nos vamos a...?

—No.

Llegaron a la puerta. Artie cogió el picaporte y lo movió.

La puerta se abrió.

Era un dormitorio de amplias proporciones, iluminado por una lámpara de luz indirecta desde el techo.

—Hola —dijo Artie.

Market alzó la cabeza. Sobre la cama había una maleta, en la que estaba metiendo cosas.

Market se quedó mirándolo, con una mueca casi estúpida en su atractivo rostro.

—¿Usted...? ¿Qué diablos...?

Tenía los ojos inyectados en sangre, pero no parecía tan borracho como horas antes.

—Tenía que verlo —dijo Artie.

—¿A mí?...

En ese momento vio a su mujer. Su cara palideció.

—¿Tú?

—Yo, sí, Este estúpido metomentodo me ha traído casi a la fuerza. Yo no quería. Yo deseaba ir a bailar a algún sitio.

—Cállate —dijo Artie.

—¿También me vas a mandar callar en mi propia casa?

—He dicho que te calles, Market, ¿dónde iba?

—Tengo que hacer... Tengo rima reunión en Pittsburg el lunes y...

—¿En Pittsburg? ¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque no lo creía necesario... Tengo mucha prisa. Wanda, querida, debes estar...

—No estoy de ninguna manera y no soy tu “Wanda querida”, si a eso vamos. Y puedes marcharte al infierno. Y no vuelvas a intentar ponerme las sucias manos encima, porque Artie lo impediría.

—¿Artie?

—¿Es cierto que ha intentado usted matar a su esposa?

—preguntó Artie.

—¿Yo? ¡Está loca, está completamente loca! No debe usted hacerle ningún caso.

—¿No? ¿Quieres que le enseñe las señales que me has hecho?

Se rasgó la cremallera que cerraba su vestido por la espalda, y alargó

el cuello para que Artie lo mirase. En efecto, tenía unas señales oscuras en él.

—Vaya —dijo el detective privado—. En efecto, es usted un cerdo, Market.

Este entornó los ojos.

—¿Eso es lo que le ha dicho ella? ¿Y no le ha dicho que ella...?

—Ojo con lo que va a decir, Market —dijo Artie secamente.

—¡Esa...!

Artie alargó la mano y lo cogió por las solapas.

—He dicho que lleve cuidado, Market.

—¡Con usted mismo!

Artie lo soltó con fuerza. Market cayó sobre la cama. Tenía las mandíbulas apretadas.

—¿Qué hacían ustedes dos juntos? ¿Eh?

—Podemos dejar eso para después. Por el momento, me va a decir una cosa. Usted me prometió quince mil dólares si le dejaba fuera del asunto.

—Pero... ¡usted es un chantajista! Usted no solo no me ha tenido fuera del asunto sino que lanzó a la policía detrás de mí...

Cerró la boca. Lanzó una mirada hacia su mujer.

—Sigue —dijo ésta—. Sigue. No creas que ignoro ninguna de tus sucias aventuras.

—Tú...

—Me debe quince mil dólares.

—No le debo ni un centavo. Esto... yo hablaré con usted mañana.

—¿Mañana? ¿Desde dónde?

—Pues... lo llamaré...

—Me lo entregará ahora. Un cheque, si quiere, pero me lo va a entregar.

—No. No pienso pagarle ahora. Hablaré con usted...

—No quiere hacerlo delante de su esposa, ¿verdad?

—Déjeme en paz.

—Le diré por qué no quiere hacerlo.

Market se puso en pie y se dirigió hacia la maleta.

—¿Qué va a hacer?

—Seguir haciendo el equipaje.

Metió la mano entre las camisas y volvió a sacarla.

—Está usted loco —dijo Artie. Pero había tensión en su voz.

—No lo estoy. Póngase junto a la pared, Penn.

En la mano de Market había una pistola automática. Y el arma apuntaba directamente al estómago de Penn.

—Supongo —dijo éste— que es con eso con lo que mató usted a Rizzo.

Los ojos de Market, estriados de rojo, no se apartaban de su rostro.

—Y con ella —dijo lentamente— es con la que le voy a matar a usted.

Wanda parecía haber superado su borrachera. Miraba a su marido con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices que has hecho? —preguntó.

—Mató a Rizzo. Al hombre que estuvo aquella noche en el apartamento de Cornelia —dijo Artie lentamente.

—Dime por qué.

Las comisuras de la boca de Market se habían fruncido. Había líneas blancas en ella.

—Muy sencillo.

—Pero después de lo que haya dicho... —había sacado algo de entre las ropas de la maleta. Un objeto cilíndrico. Lo colocó en la boca de la pistola—. Después lo que lo haya dicho, lo mataré, Penn.

—Y piensa huir después, ¿no?

—Tengo el billete sacado para el avión de las once y media. Sí, pienso marchar.

—No lo entiendo —dijo Wanda—. ¿Mató al hombre?

—Oh, la cosa es fácil de comprender —dijo Artie—. No está nada mal pensado, Wanda. Por el contrario, estuvo muy bien planeado. Nunca lo hubieras creído de tu marido. Quiero decir el que pudiera montar ese tinglado.

Estaba ganando tiempo. Y sabía la manera de hacerlo. Aquel hombre no podría por menos de dejarle hablar, para que su esposa viese lo listo que había sido.

—Usted me creyó un imbécil, ¿eh, Penn?

—Por cierto que no. Pero no creí que fuese capaz de ello. Sólo lo he sabido hace un rato.

—¿Sí? ¿Cómo lo supo?

—Muy sencillo. Usted no llamó a mi casa anoche desde aquí. Pero usted me llamó desde algún otro lugar porque usted no vino aquí, hasta más tarde.

—¿Se lo dijo Wanda?

—Sí.

Wanda movió la cabeza. Cerró los ojos.

—Es muy simple, Wanda —dijo Artie—. Tu marido era objeto de un chantaje por parte de esa fulana. Decidió acabar con ella.

Estaba calculando la distancia que lo separaba de Market. No era mucha, pero si intentaba salvarla de un salto, recibiría una bala antes de llegar hasta él. Necesitaba distraer su atención de alguna manera.

—Fue listo, Wanda. Mucho.

—No se canse, Penn. Mi mujer no cree que yo haya sido listo más que cuando me casé con ella, ¿no es así, Wanda?

Ella abrió los ojos. Parecía serena casi por completo.

—¿Tú, listo?

—Sí, yo. El hombre al que tu padre llamaba un inútil. Pero no creo que lo sepa usted todo, Penn. Está faroleando.

—No lo crea, Market. Lo sé todo.

—¿Sí?

—Sí. Todo usted hizo ir a Rizzo a casa de Cornelia, pero usted estaba allí dentro ya. ¿Cuánto dinero le ofreció a Rizzo por callarse, Market?

—¿Importa? Fueron veinticinco.

—No está mal. Yo sabía que tenía que ser una cantidad grande para que Rizzo se atreviese a desobedecer a Max Maritzki. Así que le ofreció veinticinco... Y estuvo abrazando a Cornelia ante la ventana para que yo lo viera desde abajo y creyera que era Rizzo, ¿eh? ¿Cómo aplicó a éste la farsa?

—Veinticinco mil, Penn. Se estuvo quieto, mirándonos. Hasta que le ató una media al cuello y apreté, apreté hasta que dejó de respirar.

Wanda contuvo la respiración durante un momento.

—Sí, Wanda, eso hizo tu marido. Y luego, probablemente le dijo a Rizzo, que le daría más dinero si se callaba. Pero tenía la intención de matarlo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Sabía dónde vivía y que si iba a buscarlo para darle el dinero, me recibiría. Y lo que recibió fue un balazo en la cabeza. Con esta misma pistola con la que ahora lo voy a matar a usted. Todo habría sido fácil si no hubiera sido porque usted metió las narices en el asunto.

—Usted me contrató. Por supuesto, pensaba tener un testigo de que otra persona había ido a casa de Cornelia. Yo. Pero hay algo que no acierto a explicarme Market. ¿Cómo supo que me había marchado?

—Lo vi desde la ventana. Había unos gemelos en casa de Cornelia.

Artie, asintió.

—Así me lo explico. Salió inmediatamente después que yo, esperó un poco y entonces me llamó, haciéndome creer que estaba en su casa.

Market sonrió. Su mano se alzó ligeramente.

—Sí, Penn, eso fue lo que hice. Luego, esta mañana después de verlo a usted en el parque, me fui a casa de Rizzo.

—Y lo mató.

—Sí, como lo voy a matar a usted...

Artie comprendió que estaba diciendo la verdad.

—Se olvida de una cosa, Market. Ahora hay un testigo de que usted es el asesino. Su esposa.

—¿Ella?

Había un tono de desprecio sin control en la voz del hombre.

—Ella va a morir también, Penn. Y le diré cómo usted lleva una pistola en el sobaco. Usted disparará esa pistola contra mi mujer. Al menos eso es lo que creará la policía. Y luego, una vez muerto usted, yo pondré

esta pistola en la mano de Wanda. Para la policía se habrán matado ambos, y yo... yo me procuraré la coartada. Sí. ¿Qué te parece, Wanda?

—Estás loco —dijo ella tensamente—. Artie, está completamente loco.

—No, es simplemente un hombre listo —respondió el detective—. Diabólicamente listo, Wanda.

—Ella no lo creyó nunca, ¿eh, Wanda?

Wanda miró a Artie. Este le devolvió la mirada.

Por un momento fue como si estuvieran hablándose. Wanda volvió la cara hacia su marido.

—John, no puedes matarme. Tú no puedes hacerme eso —dijo, dando un paso hacia él.

—¡No te acerques!

Ella dio otro paso.

—John, por el amor de Dios...

El marido volvió los ojos hacia ella. Artie comprendió que sería entonces o nunca.

Dio un salto y cayó sobre John Market.

Este se volvió hacia él en el último momento y su dedo índice apretó el gatillo de la pistola.

Artie sintió un fuerte golpe en el hombro izquierdo, pero ya estaba sobre el otro.

De un puñetazo, le apartó la pistola.

John Market era fuerte y no había descuidado su forma física. Artie sentía una sensación de ardiente quemadura en el hombro, pero estaba luchando por su vida.

Metió su rodilla entre las piernas de John y lo tiró hacia atrás. Market solo retrocedió un paso, mientras se doblaba y contestó con un golpe con el puño izquierdo. El golpe alcanzó en el plexo solar a Artie. Unido a la sensación de quemadura, que le iba paralizando el brazo izquierdo, éste fue casi definitivo. Sintió que la vista se le nublaba.

Y vio alzarse la pistola del otro de nuevo.

Alzó la pierna y golpeó con todas sus fuerzas en aquella mano armada.

La pistola saltó hacia el techo, mientras Market lanzaba un ahogado gruñido.

Y entonces Artie atacó.

Sus noventa kilos de peso cayeron sobre el otro. Sólo podía golpear con el brazo derecho, pero consiguió alcanzar al otro en la mandíbula.

No obstante, sus ojos se enturbiaban por momentos. Otro golpe que separó a su contrario tres pies más y llevó la mano a la pistola en su sobaco.

—Muévete y te parto una rodilla —dijo—. Por Dios vivo que te la parto.

Junto a la cama, Market resollaba profundamente. Pero la pistola en

manos de Artie estaba dirigida hacia su estómago.

—Vamos, muévete, cerdo, es lo único que estoy esperando. Te entregaré a la policía, cadáver, si así lo quieres.

Miró a Wanda con el rabillo del ojo. La mujer se mantenía erguida, bella como una semidiosa.

—Wanda, coge el teléfono y llama a la jefatura de policía. Pregunta por el capitán O'Malley y dile que venga. Pero... date prisa.

Buscó con el brazo izquierdo hasta encontrar una silla. Se dejó caer en ella, al tiempo que Wanda comenzaba a discar.

Market dio un paso hacia adelante. La pistola de Artie tronó, aturdiéndolos y Market lanzó un alarido. La bala había ido a enterrarse en su pierna, por encima de la rodilla.

Cayó al suelo, gimiendo, y moviendo los brazos.

—Date prisa, Wanda, por favor —dijo Artie.

La voz de la joven le llegó un poco lejana. Estaba pidiendo que la pusieran con el capitán.

* * *

Artie levantó los ojos. La enfermera se apartó.

—Tiene visita, míster Penn.

Minnie, con un brazo ocupado por un ramo de rosas de invernadero, apareció en la puerta.

Los ojos de ambos se clavaron mutuamente.

—¿Flores? —preguntó Artie—. ¿Por qué no una botella de “Royal”?

—Porque no me dejan, corazón. Estrictamente prohibido.

Esperó un momento. La enfermera, con una sonrisa cómplice, cerró la puerta.

Minnie se lanzó hacia él.

—¡Maldito, creí que me engañaban y que habías muerto!

—No es tan fácil. ¡Ay!

La muchacha se apartó.

—¿Seguro que no te partieron el hueso?

—No. Fue un agujero limpio y redondo. Casi como un anillo.

Ella tenía los ojos enturbiados de lágrimas.

—¿Qué ha dicho O'Malley?

Minnie lo besó en plena boca.

—¿Importa eso ahora?

—Mucho. Quiero saber si mi licencia peligra o no. Mira que desmayarme antes de que llegara el capitán... Como un tobillera.

—Dice que si cierras la boca tu licencia continuará en vigor.

—Y aunque no la cierre. Pero lo haré... después. Necesito que mis

clientes... No, sería un error. Un detective particular no puede enviar a la cárcel a sus clientes, y eso es lo que hecho yo. Maldición, ese Market...

—No te duró el misterio más que un día entero, cariño. Eso es casi un récord, incluso para ti.

Se sentó en el borde de la cama. Un aparato metálico recubierto de vendas mantenía el brazo de Penn en alto. Pero el detective se las arregló para utilizar el izquierdo. Al fin y al cabo, la cintura de Minny era inverosímilmente estrecha, y ella no se preocupaba de guardar las distancias.

—Ah, hay algo más. Mistress Market vino para dejarme un cheque. Quería, quería...

—¿Darme las gracias?

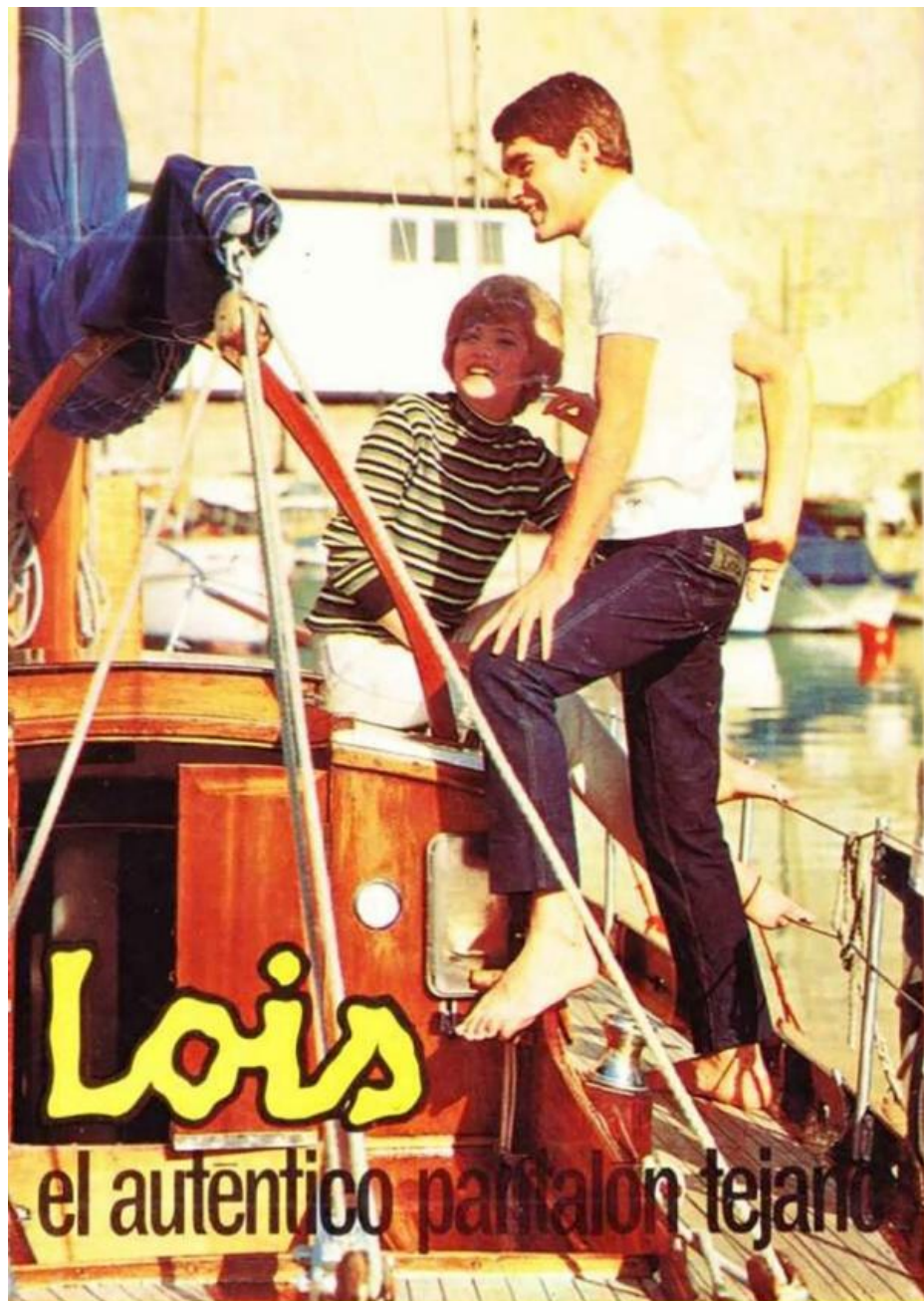
—No, corazón. Quería algo que no estaba dispuesta a concederle. Quería entregarte el cheque personalmente aquí.

—Bien, y ¿por qué no la dejaste?

—¿Después de verla? No, corazón. Nadie sino yo vendrá a hacerte compañía mientras te pones bien.

Y ante su tono firme, Penn comprendió que, en efecto, nadie sino ella entraría en la sala del hospital. Pero no le importaba mucho, por otra parte.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.